MARIO VARGAS LLOSA

la vida en movimiento

ALONSO CUETO
PRÓLOGO DE FERNANDO SAVATER

MARIO VARGAS LLOSA

La vida en movimiento

ALONSO CUETO
PRÓLOGO DE FERNANDO SAVATER

Lima, Diciembre de 2003
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

©Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Primera edición: Diciembre de 2003

Edición: Alonso Cueto, Úrsula Freundt-Thurne
Coordinación de edición: Elsa Esparbé i Gener
Corrección de estilo: Anselmo Escobar
Diseño de cubierta y diagramación: Taller Cuatro
Cubierta: Fernando de Szyszlo
Versión ebook: noviembre de 2018

Cubierta
Autor: Fernando de Szyszlo
MAR DE LURIN
Díptico, acrílico sobre lienzo.
200 x 200 cm. 1990

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)
Centro de Información

Cueto, Alonso
Mario Vargas Llosa. La vida en movimiento
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) 2003
ISBN (versión impresa): 9972-676-71-4
ISBN (versión PDF): 978-612-318-173-4
ISBN (versión EPUB): 978-612-318-174-1
086.985 CUET

ENTREVISTAS/ESCRITORES/LITERATURA Y PERÚ

Esta publicación es de acceso libre a través de la web:
<http://repositorioacademico.upc.edu.pe>

CÁMARA RITUAL

Díptico

Acrílico sobre lienzo

3,60 x 2,00 mts.

1986

La Universidad Peruana de Ciencias
Aplicadas (UPC) agradece a Fernando de Szyszlo
la cesión de su cuadro reproducido en la cubierta

ÍNDICE

XI Introducción de Alonso Cueto

XV Prólogo de Fernando Savater

1. La edad de oro
9. La venida al Perú
13. La Mamaé
15. La llegada a Piura
19. Lima y el desierto
25. Un acto de resistencia
27. Un marino encerrado
33. El periodista nocturno
37. El encuentro con Raúl Porras Barrenechea
41. Los primeros amigos
47. La timidez
49. Cambiar el mundo
53. El matrimonio con Julia
55. El culto a la amistad
59. Los transgresores
61. Patricia
67. Hijos y familia
75. Un sueño, una pesadilla y una fobia
79. Camus, Sartre y París
81. El futuro del Perú
87. Trazar una historia
89. El arte de contar
95. Flaubert, Víctor Hugo, Faulkner
99. ¿Cómo empieza una novela?
103. Los hitos de una vida
119. El compromiso y la buena estrella
123. El mundo de Cortázar
127. Adicciones y aficiones
129. Ciudades del mundo
133. Recuerdos de campaña
139. El camino

Presentación

De pocas personas puede decirse que su vida es un libro abierto para todos. Mario Vargas Llosa es, sin duda, una de aquéllas. No como resultado de circunstancias fortuitas, sino de un esfuerzo sostenido de búsqueda de la verdad por encima de los acomodos, de la transparencia más que de los ornamentos y de la honestidad antes que de las ventajas. En otras palabras, es el fruto de la integridad.

Porque, ciertamente, si hubiera que encontrar un solo adjetivo para calificar a Vargas Llosa, ése sería, mejor que cualquier otro, el de ser íntegro. Una integridad sin fisuras ni salvedades, sin excepciones ni notas al pie de la página. Él es una de esas escasísimas personas que, a estas alturas de su vida, podría ufanarse de haberla recorrido sin pliegues ni recovecos, torceduras ni disimulos.

Una vida intensa, que ha probado mucho y ha mantenido lo esencial. Una vida por lo demás tejida estrechamente con la de otros, con la de quienes le ha tocado compartirla en distintos momentos, escenarios y grados de intimidad. Una vida imposible de imaginar aislada de los demás.

Una vida, también, de impulsos e influencias. De impulsos incitados por las situaciones que le ha tocado vivir y en las que ha sabido honrar —como lo anota Alonso Cuero— 'esa emoción preciosa y olvidada que es la indignación'. Y de influjo ineludible de sus ideas en razones, conciencias, voluntades y conductas ajenas, pues a nadie resulta posible escuchar, conocer o tratar a Vargas Llosa y permanecer indiferente.

Una 'vida en movimiento', por cierto, como no podía ser de otra manera en el caso de su protagonista, cuya personalidad es el antónimo de la quietud estática. Una vida

siempre arraigada en el terreno de lo 'políticamente incorrecto', como un porfiado desafío a la conformidad mediocre, como una respuesta cotidiana a cualquier tentación de instalarse en el lugar común. Y un movimiento tercamente dirigido a contrariar la corriente, a derrotar al viento y la marea.

Fernando Savater, en el prólogo de este libro, destaca ese reto que Mario Vargas Llosa parece haberse fijado del 'más difícil todavía' y que afronta con cada uno de sus libros. Un reto que encaja tanto con la fisonomía telúrica de un buen arequipeño como con su talante personalísimo de subir cada día un poco más el listón de las alturas que se propone remontar.

Gracias a los textos y las fotos de este libro podemos encontrar al Vargas Llosa de todos los días de su vida. Desde sus íntimos testimonios personales y familiares hasta el recorrido de todos sus desiertos, la navegación de los ríos y mares que se le pusieron por delante y el vuelo de los cielos que pudo imaginar encima suyo.

Veremos así al Mario de Arequipa, Cochabamba y Piura. Encontraremos al Mario de su casa y de su barrio. Al Mario del Leoncio Prado y de la universidad. Al Mario de Lima y al Mario cosmopolita. Al Mario del Perú y del mundo entero.

Descubriremos sus temores y timideces, que hoy juzgaremos increíbles, y sus convicciones y esperanzas, que hoy entendemos como realizables.

Este libro abierto de una vida en movimiento se propone ser una colección de itinerarios y un inventario de equipaje.

Es nada menos que la historia personal de Mario Vargas Llosa, revisada y narrada por él mismo, amistosamente sonsacada, con franqueza y destreza, por un entrevistador

como Alonso Cueto, quien revalida en esta obra su calidad personal y su oficio magistral.

Luis Bustamante Belaunde
Rector de la
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

Introducción

LA GALERÍA DE LO HUMANO

La conversación es un género literario que no siempre dominan los escritores. A diferencia del creador, hecho a la soledad y el silencio, el conversador está entrenado en el ruido variado de la convivencia. Un buen conversador practica las dos funciones más importantes de los seres humanos: primero saber escuchar y luego saber comunicarse. Conversar supone dar y recibir. Una conversación es ante todo una exploración conjunta en uno mismo y en la persona con la que uno habla. Toda buena conversación va descubriendo su curso mientras avanza y su fin está signado por las circunstancias (la hora, otro compromiso, el cansancio) y no por su infinita capacidad de reinventarse. Como me ha ocurrido siempre con Mario Vargas Llosa, la conversación con ciertas personas es un inventario de descubrimientos que anula el tiempo de afuera y establece sus propias reglas, en mi caso basadas en el afecto y la admiración.

La conversación con Mario gira alrededor de todos los temas porque es un escritor al que todo lo humano le importa: los libros, la política, la sociedad, el humor, la moral, el amor, los viajes. Ésa es la razón por la que —a la vez que un ejemplo de maestría artística— es un defensor de los valores cívicos y morales. Sabemos que el éxito artístico nada tiene que ver con la probidad moral o con la claridad de las ideas sociales. Es raro encontrar, como en Vargas Llosa, un escritor en el que coinciden una interpretación cabal de la sociedad y una capacidad por reconstruirla en la ficción.

Creo que lo más justo es llamar a este libro un reconocimiento. A lo largo de una vida que se mantiene joven, Vargas Llosa ha promovido el castellano a una luminosidad y una intensidad que no conocía; ha luchado

en calles y plazas por la libertad y la democracia; ha honrado esa emoción preciosa y olvidada, la indignación; nos ha hecho reconocer los escenarios de nuestro país como no lo habíamos hecho antes de leer sus obras. En ellas ha dado vida al coraje del poeta Alberto, a la tristeza del Esclavo, a la lúcida melancolía de Zavalita, al heroísmo utópico del Consielho, a la determinación heroica de Antonio Imbert, a la monstruosidad minuciosa del presidente Trujillo, a la malicia del niño Fonchito, al delirio generoso de Pedro Camacho, a la ilusión disciplinada de Pantaleón Pantoja, a la soledad poblada de la señorita de Tacna, a tantos hombres y mujeres de ficción que representan en su obra la galería de lo humano. Todos estos personajes y tantos otros van a acompañarnos siempre. Sus vidas de ficción son probablemente más verdaderas que las de muchos seres de carne y hueso que conocemos. Solo en la variedad y profundidad del lenguaje podemos sintonizar con la riqueza de la vida. Muchos de sus personajes (Pantaleón, el poeta Alberto, Mayta) reflejan a su autor en su capacidad por a la vez rebelarse contra y hurgar en la realidad. A los personajes de Vargas Llosa podría aplicarse la frase de William Faulkner: el hombre es indestructible debido a su voluntad de ser libre.

La publicación de todo libro es también un acto de gratitud. Quisiera agradecerle especialmente a Patricia Vargas Llosa, a Oiga Urquidi de Llosa, así como a Lucía Muñoz-Nájar y a Rosario Muñoz-Nájar de Bedoya, a la dedicación de Elsa Esparbé, al empeño y generosidad de Úrsula Freundt-Thurne, decana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación y al rector Luis Bustamante de la UPC. Pero este libro es especialmente un acto de gratitud de todos nosotros, de sus lectores, a Mario Vargas Llosa. Por sus libros, por su coraje, por su dignidad.

Alonso Cueto

Prólogo

LA GENEROSIDAD DEL TALENTO

Me temo que es difícil para los jóvenes lectores de hoy calibrar lo que significó en España hace treinta años el llamado *boom* de la literatura latinoamericana. Me refiero a lo que significó para nosotros, los veinteañeros de entonces, hartos de los escritores mediocres acomodados a las imposiciones del régimen franquista pero también no menos cansados de un realismo social tan cargado de buenas intenciones como falto de aliento imaginativo. Sucedió casi de un día para otro: nuestro paisaje literario era grisáceo —como los uniformes que entonces llevaba la policía con la que nos enfrentábamos en la universidad— y horadado por los cráteres de la guerra civil, en los que se pudría la frustración, pero de pronto se pobló con los fulgores inéditos, fantásticos y carnales de García Márquez, Cortázar, Lezama Lima, Carlos Fuentes, José Donoso, Carpentier... y algunos otros de menor mérito, pero que venían haciendo *surf* sobre la gran ola levantada por los más ilustres. Los entusiastas les leíamos a todos, en la furiosa felicidad del domingo narrativo que se inauguraba, pero cada uno tenía a nuestros favoritos, cuyo blasón defendíamos a capa y espada. El noventa por ciento, si no me equivoco (si me equivoco sería el ciento por ciento), coincidíamos sin embargo en el encomio de un nombre: Mario Vargas Llosa. Puedo testimoniar con plena sinceridad que entre los compañeros de entonces que más estimaba y entre las doctas amantes que a veces se distraían conmigo antes de pasar a cosas más serias no recuerdo a nadie que no apreciase con entusiasmo *La ciudad y los perros* o *Conversación en La Catedral*.

La admiración por uno o dos libros acertados de un autor no es rara, pero la fidelidad a toda una obra resulta menos usual. Mario Vargas Llosa ha sabido ganársela como pocos amores contemporáneos entre muchísimos lectores de

todo el mundo. Y ello, aunque su caso cuenta con una dificultad añadida: lo notorio de sus posturas políticas, que han evolucionado profundamente a lo largo de los años. Conozco no pocos adictos al gran novelista que despotrican contra sus elogios a Mrs. Thatcher o algunas otras tomas de partido, pero son los primeros que corren a la librería en cuanto anuncian otro libro firmado por él. En todo lo que narra Vargas Llosa hay una verdad y una transparencia objetiva que derrotan a los resabios de cualquier ideología: es lo que podríamos llamar el amor artístico a lo humano, la profunda compasión (o simpatía, si preferimos la etimología griega) que comprende el desasosiego de sus semejantes y vibra literariamente con él. Ese humanismo auténtico, práctico, incluso misionero (porque nos hace cómplices de la humanidad que a través de la lectura se nos descubre) constituye la urdimbre final de la visión de mundo de Vargas Llosa. Incluso quienes discuten sus conclusiones ideológicas aceptan la suprema honradez de sus premisas narrativas: tal es su fuerza y su grandeza, tal es también el reto —el "más difícil todavía"— que arrostra con cada uno de sus libros.

Aunque nadie me lo pida y sin pedir permiso, hablaré de mí. La palabra que en mi estima define a Mario es la de 'generosidad'. Es generoso en la opulencia de sus ficciones, dramáticas y sensuales, desesperadas y liberadoras; es generoso en su curiosidad que a nada renuncia, que todo lo explora y escudriña, que lo mismo agota una biblioteca para documentar un libro que atraviesa el desierto para conocer Irak sin intermediarios; es generoso en su compromiso político, cuando tan fácil es acertar siempre callando o manteniendo una cauta ambigüedad como vemos todos los días en quienes nunca arriesgan ni su comodidad ni su reputación; es generoso siempre en su tratar de entender y no intentar desentenderse, en su contagioso afán de hacernos entender. Tiene la generosidad del talento y su talento es erótico: o sea excitante pero también procreador.

Y ante la generosidad nada conviene salvo la desconcertada gratitud: tres décadas después del inicial asombro, que sigue renovándose libro tras libro, solo puedo decirle la palabra sagrada y que invoca lo sagrado. Gracias.

Fernando Savater

EDAD DE ORO

Recuerdo las aventuras de *La Sombra*, de *El Enmascarado Solitario*. Un hecho central de esa época es el descubrimiento de la lectura. Yo aprendí a leer a los cinco años en el colegio La Salle de Cochabamba. La lectura para mí se convirtió en una experiencia fascinante, obsesiva.

Tú has tenido una infancia errante. Has pasado de Arequipa a Cochabamba, de Cochabamba a Piura, de Piura a Lima y luego de nuevo a Piura. Pero en esa infancia hay un centro que es Cochabamba. ¿Qué imágenes tienes aún de tu infancia boliviana?

Pues, mira, como las de una edad de oro. En Cochabamba viví rodeado de gentes que me querían, a las que yo quería mucho, que me engreían y facilitaban todos los caprichos. Viví muy protegido por supuesto, pero también en una constante aventura. Recuerdo las ceremonias familiares que me exaltaban mucho. La gran aventura de llenar los globos por ejemplo y la emoción de ver a mi abuela y la Mamaé preparar los tarritos de trigo para el nacimiento. Mis primas y yo vivíamos en una especie de constante excitación. Era una casa en la que estaban mis tíos Juan y Laura y sus hijas Gladys y Nancy, mis tíos Jorge y Gaby, mi tío Lucho y la tía Olguita. También mi tío Pedro cuando llegaba a Bolivia, de Santiago de Chile. Estaban los abuelos, la Mamaé, mi mamá, y por supuesto la servidumbre. En la servidumbre había chicos que eran casi de mi edad y que jugaban con nosotros. Por entonces también aprendí a nadar; nadar era una aventura extraordinaria.

¿Qué edad tenías en la época de Cochabamba?

Yo fui cuando tenía un año y me quedé allí hasta los diez. Claro que mis recuerdos más nítidos son a partir de los cinco. Te digo cinco porque a esa edad aprendí a leer. Recuerdo que ésa fue quizá la gran experiencia.

Ustedes salieron de Arequipa llevados por tu abuelo, ¿verdad?

Mi abuelo salió de Arequipa enviado por la casa de los Said. Había trabajado como administrador de sus haciendas en Camaná, donde había sembrado algodón por primera vez. Su viaje a Santa Cruz fue muy exitoso porque también allí introdujo el cultivo del algodón. Sama Cruz era un pueblo muy pequeño. Como la familia no podía vivir allí, estábamos en Cochabamba. El abuelo iba a la hacienda de Santa Cruz y cada retorno suyo era una aventura. Cuando regresaba, siempre traía cosas fascinantes: un loro, una cabrita, muchas cosas que sugerían un mundo completamente diferente. Llegaba de la hacienda de Saipina, en Santa Cruz. Era todo un viaje cruzando la cordillera desde la vertiente amazónica. El abuelo llegaba con botas de montar, y todo eso a mí me sugería las películas de Tarzán.

Recuerdo las ceremonias familiares que me exaltaban mucho. La gran aventura de llenar los globos por ejemplo y la emoción de ver a mi abuela y la Mamaé preparar los tarritos de trigo para el nacimiento.

O sea, puede decirse que has tenido la percepción de un mundo ajeno, de un mundo de fantasía y de imaginación desde esos viajes de tu abuelo...

Claro. Los viajes del abuelo y después los viajes del tío Lucho, quien trabajaba también en Santa Cruz.

Y ellos contaban historias también.

Siempre contaban historias de Santa Cruz y además había otras historias que eran un tema recurrente en la familia. Eran las historias de Arequipa. La mía era una familia muy militantemente arequipeña. Entonces a los chiquitos, a mí, a Nancy, a Gladys, nos hacían sentir que realmente era un gran privilegio ser arequipeño. Mis abuelos, mis tíos, mi mamá contaban anécdotas de Arequipa, nos hacían vivir Arequipa vicariamente a través de historias. Luego yo

recuerdo que una de las grandes aventuras de mi infancia fue el viaje a Arequipa con mi abuela y mi mamá al Congreso Eucarístico. No sé qué año sería. Yo tendría seis o siete años, me imagino. Fuimos en tren hasta La Paz. Recuerdo mi miedo en La Paz con las calles tan empinadas. Creía que me iba a resbalar y me ponía a llorar. Mi mamá me tranquilizaba. Después hicimos el viaje en barco cruzando el Titicaca hasta Puno, y luego el viaje en tren de Puno a Arequipa, donde nos alojamos en la casa de mi tío Eduardo García. Yo lo recuerdo siempre por su criada. Eduardo era un juez solterón que vivía con su criada que se llamaba Inocencia, que me preparaba chupe de camarones. La primera vez que vi un chupe de camarones con esos animales enteros en el plato sentí una especie de horror. Luego sin embargo me hice un gran aficionado al plato. Recuerdo, por otro lado, la cantidad de gente que asistió al Congreso Eucarístico y especialmente haber visto a Víctor Andrés Belaunde en una tribuna. Yo veía a un señor con una corbata michi, pajarita, perorando, y la abuela me decía: "Ese señor es tu tío".

Todo esto ocurría dentro de un contexto de gran felicidad. Yo no creo haber tenido ningún tipo de trauma, de esos terrores de infancia, en Bolivia. Tuve la ida al colegio que siempre es un poquito traumática pero muy rápidamente hice una vida de amigos, de barrio. Cuando llevaba a los chicos a mi casa, la abuela y la Mamaé les preparaban té a todos. Recuerdo que íbamos a ver las seriales. Yo no sé si tú alcanzaste las seriales, las películas seriales que daban tres episodios por semana. Las matinales eran los sábados en la mañana, en el cine Achá. Era una época de mucha exaltación y felicidad.

Antes de cada Navidad, que era otro momento maravilloso del año, yo recuerdo que pedía siempre que el Niño Dios me trajera libros. Recuerdo haberme despertado algún 25 de diciembre con la cama rodeada de libros, una escena inolvidable.

¿Qué historias daban en las seriales?

Recuerdo las aventuras de *La Sombra*, de *El Enmascarado Solitario*. Un hecho central de esa época es también por supuesto el descubrimiento de la lectura. Yo aprendí a leer a los cinco años en el colegio La Salle de Cochabamba. La lectura para mí se convirtió en una experiencia fascinante, obsesiva. Antes de cada Navidad, que era otro momento maravilloso del año, yo recuerdo que pedía siempre que el Niño Dios me trajera libros. Recuerdo haberme despertado algún 25 de diciembre con la cama rodeada de libros, una escena inolvidable. Todos mis tíos me regalaban libros, especialmente novelas. Estaba Karl May, el alemán que contaba historias del Lejano Oeste, un Oeste que nunca visitó. Después estaba Emilio Salgari con novelas como *Sandokán*. También me acuerdo mucho de las dos revistas que circulaban por toda América Latina en ese tiempo. La argentina *Billiken* y la chilena *Peneca*. Eran revistas para leer, de cuentos y seriales; no eran revistas de dibujitos.

Y en tu familia, en este mundo en el que estaban don Pedro y don Lucho y la tía Olguita, y los demás, ¿quién era el más lector, o quién te hablaba más de libros?

Pues mira, mi abuelito escribía poesías. Era un buen lector, y tenía mucho orgullo de su papá que había publicado una novela. Mi bisabuelo, don Belisario Llosa, publicó una novela que yo conseguí muchos años después, una novela pequeña publicada en Arequipa, muy romántica. Y mi abuelo Pedro era muy literario. Leía y escribía versos festivos. Mi mamá también era una gran lectora de poesía. Leía poesía romántica y a poetas como Amado Nervo. No era una casa de literatos, pero sí era una casa en la que se hablaba de literatura. Mi madre me alentaba mucho la afición a la lectura. Ella tenía en su velador *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda, que me había prohibido que leyera. Y todavía recuerdo que leí con un poco de miedo el primer poema donde había un verso sorprendente, "y hace saltar el hijo del fondo de la tierra".

Yo era totalmente inocente, yo no tenía idea de cómo venían los niños al mundo, ni nada de eso y ese verso me provocaba cierta angustia porque lo asociaba a algo inquietante y sucio.

LA VENIDA AL PERÚ

Recuerdo que después de sus visitas a la casa, don José Luis Bustamante y Rivero siempre me dejaba una propina en la mano. Cuando fue elegido presidente de la República en 1945, nombró a mi abuelito prefecto de Piura. Ese fue el fin de nuestra estancia en Cochabamba.

Tu familia era pariente del presidente Bustamante y Rivero.

Bustamante y Rivero era el embajador del Perú en La Paz y algunas veces fue a Cochabamba y se alojaba en la casa porque era primo de mi abuelo Pedro Llosa Bustamante. Era el orgullo de la familia. En la familia se hablaba mucho de él. Recuerdo que después de sus visitas a la casa siempre me dejaba una propina en la mano. Cuando fue elegido presidente de la República en 1945, nombró a mi abuelito prefecto de Piura. Ese fue el fin de nuestra estancia en Cochabamba. Me acuerdo que el abuelo partió primero y la familia se quedó hasta que mi prima Nancy y yo termináramos el colegio. Entonces partimos todos. Para mí fue realmente un cambio. El día que nos fuimos para siempre de Cochabamba, en la estación había montones de gentes: los amigos de los abuelos, de mi mamá, de mis tíos. Recuerdo mucho al jardinero Saturnino. Era un indio con ojotas y con chullo que lloraba a lágrima viva, prendido de mi abuela. Nunca lo voy a olvidar. Durante el viaje, hicimos el mismo recorrido de antes. Primero a La Paz, luego el barquito por el Titicaca, el tren hasta Arequipa. Viajábamos mi abuela, mi Mamaé, mi mamá y yo. El viaje, claro, también era la gran aventura. Al llegar a Camaná vi el mar por primera vez en mi vida. Mi primera experiencia marítima terminó con la picadura de un cangrejo.

¿Qué año era?

Debía ser enero o febrero del 46, pues en diciembre del 45 había terminado el colegio. Cuando hice ese viaje, estaba a punto de cumplir los diez años. Al pasar por Lima

estuvimos alojados en Miraflores donde mis tíos, los García Llosa, que me llevaron a la playa. Lima aparecía para mí como la gran ciudad. De ahí seguimos camino a Piura en avión. Fuimos en un avión de la Panagra que iba de Lima a Panamá y hacía escala en Talara, donde nos recogió el abuelo.

LA MAMAÉ

De entonces nació lo del nombre de la Mamaé porque era como la segunda mamá, la mamá Elvira. Fue la segunda mamá de mi mamá, de los tíos Lucho, Jorge y Pedro, y después la segunda mamá de nuestra generación, de Nancy, de Gladys, mía.

¿Cómo era la Mamaé (Elvira Vargas), en quien está basado el personaje de *La señorita de Tacna*?

La Mamaé era una prima hermana de mi abuela, mayor que ella. Había una leyenda en la familia sobre la Mamaé. Se decía que en Tacna, donde habían nacido mi abuela y ella, la Mamaé había tenido un novio. En la víspera de la boda, sin embargo, algo pasó, algo que nunca se supo bien. Entonces, la Mamaé quemó su vestido de novia, nunca más aceptó un galanteo y se quedó soltera para siempre. Era muy jovencita. Se quedó soltera viviendo con mi abuelita, a la que estaba muy unida. De ese entonces nació lo del nombre de la Mamaé porque era como la segunda mamá, la mamá Elvira. Fue la segunda mamá de mi mamá, de los tíos Lucho, Jorge y Pedro, y después la segunda mamá de nuestra generación, de Nancy, de Gladys, mía. Todavía llegó a engreír un poco a mis hijos. Murió a los 104 años. Los últimos años vivía en una casita en la avenida Reducto, por donde pasaba el tranvía. En algún momento, Mamaé se desconectó y regresó a su infancia en Tacna. Decía cosas maravillosas como "serán chilenos pero qué buenos mozos". Cada vez que oía el ruido del tranvía de Chorrillos-Lima, que pasaba delante de la casa, decía: "Carmen, ¡el ferrocarril de Arica!". Lindísimo, ¿sabes? Después concibió un odio a los niños. Ella se había pasado la vida cuidando a los hijos ajenos, curándolos (recuerdo que cuando me operaron de las amígdalas en Cochabamba no se movió de la cama haciéndome todas las curaciones). Entonces cuando ya era una viejecita de 100 años empezó a odiar a los niños. No se podía llevar niños la casa porque les gritaba esas cosas increíbles: "Viva Herodes, viva Herodes". Bueno

con todo ese material escribí yo la obra de teatro (*La señorita de Tacna*).

Y ella también en la obra de teatro habla de Federico Barreta, el poeta tacneño, ¿no?

Claro, pero yo he hecho allí una mezcla, porque Federico Barreta le escribía poemas apasionados a mi abuela. En la obra, la señorita de Tacna recita un poema que le escribió Federico Barreta a mi abuela Carmen.

LA LLEGADA A PIURA

Nos fuimos de Piura, dejamos a los abuelos. Yo creo que allí comenzó mi adolescencia.

¿Cómo fue tu ingreso al colegio en Piura?

Pues mira, entré al colegio Salesiano, en Piura. Haber llegado al Perú me producía una gran exaltación, pero también era un hecho algo traumático porque en el colegio se reían de mi manera de hablar. Yo hablaba como serrano. Por entonces descubrí el origen de los bebés. Recuerdo que un día con los Artadi, con el gordo Silva, y con Jorge Salmón bañándonos en el río de Piura, los oí hablar de cómo venían los niños al mundo. Yo me quedé absolutamente consternado porque descubrí que los hombres y las mujeres hacían esas porquerías. Fue traumático.

Fue una época de grandes traumas...

Claro. Después vino pues la gran experiencia, descubrir que mi padre existía, descubrir que estaba allí y además irme a vivir con él a Lima. Nos fuimos de Piura, dejamos a los abuelos. Yo creo que allí comenzó mi adolescencia.

Pero seguías siendo un gran lector.

En Piura leía muchísimo. Era un loco de la lectura, leía mucho más que en Bolivia. En la librería de la señora Ramos Santolaya, yo era un comprador sistemático de libros.

¿Y qué leías entonces?

Bueno, leía maravillado la serie inglesa de Guillermo. Guillermo era un niño más o menos de mi edad que tiene unas relaciones maravillosas con su abuelo, con el que comparte toda clase de travesuras.

¿Y empezaste a escribir?

En Piura ya empecé a escribir poemitas que me hacían recitar en la casa los abuelos. Mi mamá se reía mucho con mis poemas.

¿Tú los recitabas en la casa, en las reuniones, delante de un público...?

No delante de un público, pero sí delante de la familia. Mi mamá me alentaba mucho, y también mi tío Lucho que había escrito versos de joven. Yo lo descubrí cuando me recitó unos poemas. Le pregunté de quién eran. No los identificó y entonces descubrí que eran suyos.

LIMA Y EL DESTIERRO

Leer en esa época fue algo más que una diversión, porque era lo que me llenaba el mundo, que se había vuelto muy vacío.

El encuentro con tu padre sin embargo cambia tu relación con la literatura...

Mi relación con la literatura cambia, yo diría que se enriquece enormemente, desde que vine a Lima con mi padre. Como esa relación fue tan mala, venir a Lima con él significó muchas cosas. Por lo pronto significó cortarme de la familia que en realidad había sido mi mundo, mi patria, mi contexto natural. Para mí fue terrible estar lejos de los abuelos, de los tíos, y además sentir que me había robado a mi mamá, que mi mamá ya no me pertenecía. Mi mamá ya le pertenecía a ese señor, y a ese señor yo le tenía, bueno, terror. Era un señor durísimo que además se convirtió para mí en un tormento. Entonces en la gran soledad que fue para mí venir a Lima, la lectura se convirtió en un refugio maravilloso, pero realmente maravilloso.

Al llegar a Lima, ustedes vivieron en Magdalena...

Vivíamos en Salaverry, en Magdalena, por donde bajaba el tranvía Lima-San Miguel. El tranvía iba por la avenida Brasil y doblaba por la avenida Salaverry. La casita ya no existe, me parece. Yo recuerdo que por entonces cuando mi mamá me daba una propina, yo cruzaba la avenida Salaverry. Al frente había una librería en un garaje y allí estaba el librero del que más o menos me hice amigo. Hacíamos arreglos porque yo no tenía plata para comprar todos los libros que quería. Entonces yo le pagaba y él me los alquilaba. Iba al colegio La Salle, que había sido la orden a la que pertenecía mi colegio en Bolivia. El colegio La Salle estaba en la avenida Arica. Estuve en La Salle el sexto de primaria, primero y segundo de media y luego entré al Leoncio Prado en tercero de media.

¿Y cuándo empezaste a leer a Dumas?

Ya cuando estaba en La Salle empecé a leer a los franceses. Dumas fue la fascinación total. Creo que es el primer escritor al que leí como autor. Por entonces ya no buscaba las historietas, sino lo que había escrito el señor Dumas. Leí todas las series: *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelonne*, *Memorias de un médico*. Leer ya en esa época fue algo mucho más que una diversión, porque era lo que a mí me llenaba el mundo, que se había vuelto muy vacío.

Era como una sustitución de la realidad que te rodeaba...

Totalmente. En esa época ya debo haber escrito mucho, sobre todo poemas, hasta que mi padre lo descubrió y le irritó mucho que yo escribiera tanto.

En esa época ya debo haber escrito mucho, sobre todo poemas, hasta que mi padre lo descubrió. Le irritó mucho que yo escribiera tanto.

UN ACTO DE RESISTENCIA

La literatura se convirtió en el único campo donde yo era soberano. En todo lo demás yo no era sino el apéndice de mi padre, era lo que mi padre quería que fuera.

¿Escribir era como sublevarse?

Desde que fui a vivir con mis padres escribir se convirtió en un acto de resistencia. Era una resistencia, claro que discreta, indirecta. Escribía a escondidas. Pero fue muy importante porque le dio a la literatura un gran valor agregado. La literatura se convirtió en el único campo donde yo era soberano. En todo lo demás yo no era sino el apéndice de mi padre, era lo que mi padre quería que fuera. Pero en ese campo, ahí donde él no me veía, ahí donde él no podía llegar, cuando leía, cuando escribía, yo era independiente, yo era alguien que resistía esa autoridad tan absoluta. La relación con la literatura se engrandeció extraordinariamente.

Probablemente si no hubiera sido por el encuentro con tu padre no te habrías dedicado a la literatura con tanta devoción...

Probablemente. La vida me hubiera ido orientando en otra dirección. A lo mejor hubiese sido abogado, quién sabe.

Y luego tu padre decide que entres al colegio Leoncio Prado.

Sí. Para librarse de mí posiblemente, pero yo creo que lo fundamental fue que pensó que yo debía hacerme hombrecito. Supuso que los militares me iban a quitar las tonterías de estar escribiendo. También tengo que mencionar que esos años conviviendo con mi padre, yo tuve una pequeña compensación que fue Miraflores. En Miraflores vivían mis primas Nancy y Gladys, que habían sido como mis hermanas desde chiquitas. Entonces, si había sacado buenas notas mi padre me dejaba ir a Miraflores los fines de semana. Yo vivía soñando con que llegara ese fin de

semana para poder pasarlo con mis primas y donde mis tíos Juan y Laura. De ese modo conocí un barrio: la calle Juan Fanning, el barrio de Colón, la calle Diego Ferré. En ese barrio había chicos y chicas de mi edad. Eso para mí también fue la gran recompensa. El resto de la semana vivía muy solo, sin poder salir. Cuando entré al Leoncio Prado ya la cosa cambió porque ya la vida de barrio fue muy esporádica.

UN MARINO ENCERRADO

El Leoncio Prado era un microcosmos del Perú porque ahí tú tenías alumnos de todas las procedencias sociales y étnicas. Era muy interesante esa mezcla porque genera mucha violencia.

¿Te acuerdas de tu primera semana en el Leoncio Prado, tu primera noche?

Me acuerdo clarito porque fue el bautizo. Llegabas, te ponían en la sección, te daban los uniformes, te cambiabas, había un discurso me parece, y al mediodía después de la formación los oficiales se retiraban. Entonces quedabas en manos de los alumnos de cuarto que caían como una nube de langostas sobre nosotros. Nosotros ya sabíamos que el bautizo era una experiencia horrible, muy brutal. Pero yo creo que todo eso no solo me dio los materiales para escribir *La ciudad y los perros*, sino que también me mostró un mundo distinto, un mundo que yo incluso desconocía en los tres años anteriores con mi padre. La brutalidad, el salvajismo, los resentimientos, los complejos, los odios...

Y era como un compendio del mosaico social del Perú...

El Leoncio Prado era un microcosmos del Perú. Tenías a los blanquitos que formaban o formábamos un grupo relativamente pequeño; era un grupo que venía de Miraflores, de San Isidro, generalmente chicos muy fastidiosos, muy díscolos, muy rebeldes a los que sus padres mandaban al colegio para que los militares los domesticaran. Luego había un sector muy amplio de clase media donde había muchos muchachos que querían seguir carreras militares. Pero también venían chicos de provincias que habían conseguido becas. Eran muchachos de familias campesinas que venían de pueblitos o de los barrios más pobres de Lima. Era muy interesante esa mezcla porque generaba mucha violencia. Cada uno llevaba allí sus prejuicios, y sus odios y sus resentimientos y todo

eso se presentaba como aprisionado dentro de una estructura militar.

¿Y cómo fue tu relación con la literatura allí?

Contrariamente a lo que creía mi padre, en el Leoncio Prado yo no dejé de leer. Al contrario, leí muchísimo. Además, empecé a escribir, y casi de una manera profesional, cartas de amor a las enamoradas de mis compañeros y novelitas pornográficas. Digamos que para mantener la vocación había que vestirla de una manera que encajara dentro del machismo del contexto en el que estaba. Para no parecer un maricón que escribe poemas, escribía esas cartas de amor y novelitas pornográficas. Por supuesto que el encierro me hizo sufrir muchísimo. Yo había pensado ser marino. Se podía entrar a la Escuela Naval terminando el tercer año. Yo presenté mis papeles para entrar a la Marina y no me los aceptaron porque me faltaban unos meses para la edad mínima. Me dijeron que esperara hasta el año siguiente. Pero el año siguiente yo ya no quería saber nada con una carrera militar.

Pero eso es curioso porque también la vocación marina tiene que ver con el anhelo de aventura...

Tiene que ver con la aventura, claro. Era Salgari, era Julio Veme. Recuerdo que en el colegio militar leí también *Los miserables*. La leí con gran pasión. Leía mucho cuando no quedábamos castigados los sábados y domingos.

¿La huida del inca la escribiste ahí?

La escribí en el Leoncio Prado, sí, en cuarto de media.

¿Cuál era el tema?

Era la historia de un escritor que va al Cusco en la época contemporánea. Se pierde y se encuentra con un indio viejo que le cuenta una leyenda. Ese es el prólogo. Luego pasa al primer acto y la leyenda es el grueso de la obra. Ya no me acuerdo mucho de la leyenda. La obra termina cuando el

escritor vuelve a retomar su propia historia al concluir la conversación con este indio viejo. Esa era la estructura.

Y ese mundo de leyenda y de historias fue parte siempre de tu vida...

Desde que era chico, la Mamaé me contaba historias. Me dicen que para comer yo exigía que me contaran historias y la abuela y la Mamaé se turnaban contándome. La angustia de mi madre era que yo no comía y que me podía volver tísico. Me acuerdo que por entonces todos sentían la amenaza de una enfermedad que tenía un nombre con resonancias atroces: la tuberculosis.

EL PERIODISTA NOCTURNO

Yo quería saber si había algún periódico en Piura donde podría trabajar después del colegio y entonces él me dijo que había uno que se llamaba *La Industria* y que el dueño era don Miguel Cerro.

¿Puedes fijar una época en la que decidiste ser escritor?

Quise ser escritor desde chico, pero era una vocación que no encajaba en el esquema. Dedicarse solo a escribir era inconcebible. Entonces en algún momento pensé en la abogacía. Siempre me habían puesto en la casa el ejemplo de mi bisabuelo Belisario Llosa, que fue abogado. Yo acepté esa posibilidad. Pero cuando estuve en cuarto de media empezó a angustiarme mucho no saber qué iba a estudiar. Se me ocurrió el periodismo como carrera. El periodismo era una opción clara porque estaba cerca de la literatura. Se lo dije a mi padre. Como él era el representante de una agencia internacional de noticias, que se llamaba la INS, la International News Service, y que tenía servicio exclusivo al diario *La Crónica*, me dijo que me iba a hacer entrar a trabajar allí cuando terminara cuarto de media. Así entré a trabajar *La Crónica*, lo que fue una experiencia fundamental. Trabajé en diciembre del año 51 y enero, febrero marzo del año 52. Tenía 15 años. Con ese trabajo vino el descubrimiento de la noche. Fue la única etapa de mi vida en la que hice bohemia. Después del trabajo en el periódico, salíamos a los burdeles, los bares, todo eso que he contado en *Conversación en La Catedral*. Encontré ahí gente muy interesante como Carlitos Ney Barrionuevo, que era un gran lector de poesía. Carlitos me hizo conocer por ejemplo a Martín Adán. Era además un bohemio impenitente. Pero trabajando allí se me pasó la fecha de la inscripción en el colegio. Cuando fui retrasado al Leoncio Prado (quizá fue una afloración el subconsciente), me dijeron que ya estaba cerrada la matrícula. Mi padre me dijo que no me iba a quedar sin colegio. Hice un recorrido

por el Guadalupe, el Alfonso Ugarte. En todos estaba cerrada la matrícula. Entonces se me ocurrió, pero también quizá era el subconsciente para librarme de mi padre, llamar por teléfono a mi tío Lucho que trabajaba en Piura. Mi tío Lucho había sido como mi papá verdadero. Era realmente la persona a la que yo quería, a la que pedía consejo. Lo llamé a Piura y me dijo que él era amigo del director del colegio San Miguel de Piura que estaba frente a su casa.

Habló con el doctor Marroquín y no sé si ese mismo día o al día siguiente me dijo que podía ir a Piura para hacer el quinto de media. Así que renuncié a *La Crónica* con mucha pena. Alfonso Delboy, que era el secretario de redacción, me dio una carta para el dueño de *La Industria* de Piura. Yo quería saber si había algún periódico en Piura donde podría trabajar después del colegio y entonces él me dijo que había uno que se llamaba *La Industria* y que el dueño era don Miguel Cerro. Me dio una cartita para él muy cariñosa recomendándome. Me acuerdo que me fui en un ómnibus de La Cruz de Chalpón, en el que viajé toda la noche con *La huida del inca* bajo el brazo. El año que pasé allí fue maravilloso porque estaba con mi tío Lucho, mi tía Olga, que me mimaban y además estimulaban mucho mis aficiones literarias. Durante la semana de Piura, el colegio San Miguel ofrecía un espectáculo y le sugerí al profesor de literatura Carlos Robles Rázuri y al director del colegio que ofrecieran mi obra de teatro. El profesor Carlos Robles la leyó y aceptó hacerla y luego el director, el doctor Marroquín, también aceptó. Yo mismo dirigí los ensayos y la presentamos en el teatro Variedades de Piura, lo que resultó un éxito. Ese año, además de estudiar en el colegio, trabajé como periodista en *La Industria* dando vueltas a las noticias que venían de Lima. También publiqué poemas que a veces ocupaban una página entera de las cuatro que tenía el periódico. Eso me hacía sentir muy grande, ya me sentía un escritor.

¿Y cómo es que surge en ti la disciplina?

En Europa. Yo trabajaba mucho aquí, pero en el caos total. En Piura, imagínate, estudiaba en el día, iba al periódico, monté una obra de teatro, organicé una huelga, o sea, le organicé una huelga al doctor Marroquín, que era tan simpático. En Piura fue donde decidí ir a la Universidad de San Marcos, no a la Católica como quería mi mamá.

El año que pasé allí fue maravilloso porque estaba con mi tío Lucho y mi tía Olga. Ellos estimulaban mucho mis aficiones literarias.

EL ENCUENTRO CON RAÚL PORRAS BARRENECHEA

Trabajaba con él tres horas diarias, de lunes a viernes, haciendo fichas, resúmenes, investigaciones. Para mí, eso fue la felicidad total.

Y entonces vuelves a Lima y entras a San Marcos...

Entonces vuelvo a Lima, doy los exámenes, entro a San Marcos en el año 53. La época de Odría fue muy interesante en San Marcos porque muchos jóvenes pensábamos que allí, en la universidad, era donde podíamos dar la batalla contra la dictadura.

¿Te acuerdas la primera vez que viste a Porras?

En las clases. Daba clases deslumbrantes. Lo conocí luego de que me puso la máxima nota en el examen final. Yo descubrí en un libro de Tschudi un error y en el trabajo que hice lo señalé. En el examen oral él estaba con Carlos Aranibar, que era su asistente. Me dijo que efectivamente había un error en el libro de Tschudi y me puso la máxima nota. Por entonces mi padre me había dicho que cuando terminara el primer año de universidad me debía poner a trabajar inmediatamente en algo y que no debía ser un vago. Entonces me consiguió un trabajo de horror en el Banco Popular, en la oficina de La Victoria, donde venían todas las putas del jirón Huatica a depositar sus ahorros. Allí me pusieron desde el primer día como recibidor. Tenía que contar los soles que traían las putas, que hacían largas colas en las mañanas. Eso era una angustia porque pensaba que se me iban a perder los billetes. Odiaba el banco. Antes de cumplir un mes allí, no sé a través de quién, recibí un mensaje de Porras. Me estaba mandando llamar. Entonces fui a su casita de la calle Colina. Allí me dijo que Juan Mejía Baca iba a financiar una historia del Perú y que a él le tocaría hacer dos volúmenes, uno sobre la Conquista y otro acerca de la Emancipación. Me dijo que lo habían autorizado a tener dos secretarios a los que les podía ofrecer quinientos soles al mes. Era exactamente lo que yo

ganaba en el banco. Así que no fue difícil tomar la decisión de dejar el banco e irme a trabajar con él. Trabajaba tres horas diarias, de lunes a viernes, haciendo fichas, resúmenes, investigaciones. Para mí, eso fue la felicidad total. Mi padre había hecho un primer viaje a los Estados Unidos y cuando vino me sometió a un interrogatorio policial. Me dijo que el trabajo en el que yo estaba no tenía ninguna seriedad. Al final sin embargo lo aceptó.

Porras era una persona extraordinariamente elocuente, con una memoria prodigiosa. Escucharlo era enormemente enriquecedor. Trabajé con él cinco años seguidos, del 54 al 58, hasta que me fui a Europa.

¿Quiénes más trabajaban con él y cómo eran las actividades?

Con Porras trabajaban Aranibar y Pablo Macera, que era su predilecto. Era maravilloso porque esas tres horas allí en realidad no trabajaba, sino que aprendía. Tuve que hacer muchas fichas. Me acuerdo que el primer tema que me encomendó fue los mitos de la Conquista. Me puse a leer a los cronistas para fichar los mitos. Porras era una persona extraordinariamente elocuente, con una memoria prodigiosa. Escucharlo era enormemente enriquecedor. Trabajé con él cinco años seguidos, del 54 al 58, hasta que me fui a Europa. Claro que después de casarme en el 56, no podía mantenerme solo con ese trabajo. Así que llegué a juntar siete ocupaciones. Porras me dio un puesto en la biblioteca del Club Nacional. Yo iba allí un par de horas en las mañanas. Como no había mucho que hacer porque no había muchos libros que fichar, esas dos horas yo podía cumplir con los trabajos de la universidad. Después conseguí un puesto en Radio Panamericana, donde hacía los boletines. Saliendo de la radio, corría a la universidad. Bueno, son esas cosas increíbles que puede hacer uno de joven.

LOS PRIMEROS AMIGOS

Nos hicimos muy amigos porque descubrí que a él le apasionaba la literatura y que además había leído mucho más que yo. Fui a su casa, empezamos a intercambiar libros, y ahí empezó una gran amistad.

Y hay un descubrimiento en esa época de los primeros amigos que tienes por el resto de tu vida. Conoces a Abelardo Oquendo y a Luis Loayza.

Claro. Los dos eran de la Universidad Católica, pero nos hicimos muy amigos. Había un pasquín horrible, uno de los primeros diarios amarillos que yo recuerdo en el Perú. Se llamaba *Clarín*, era un pasquín odriista que insultaba a todos los que hacían algún tipo de oposición. Apareció un ataque a Porras de una ferocidad terrible. Porras había intervenido muy claramente en una oposición crítica de la dictadura. *Clarín* dedicó un número a insultarlo. Entonces yo hice un texto de desagravio a Porras que quisimos que firmara mucha gente. Me dijeron que había un muchacho en la Universidad Católica que me podía ayudar a conseguir firmas allí. Me acuerdo que me lo presentaron en el Crem Rica de Miraflores que quedaba en Larco, un poco más allá de Benavides. Era Lucho Loayza. Cuando le expliqué el asunto, Lucho me dijo que iba a conseguir firmas. Luego, cuando nos volvimos a reunir, había conseguido solo una que era la suya. Nos hicimos muy amigos porque descubrí que a él le apasionaba la literatura y que además había leído mucho más que yo. Fui a su casa, empezamos a intercambiar libros, y ahí empezó una gran amistad. Cuando yo me casé con Julia, que lo hice de una manera muy aventurera, con una irresponsabilidad total, empecé a buscar trabajos como loco. Entonces Loayza me dijo que tenía un amigo que trabajaba en el suplemento de *El Comercio*, que se llamaba Abelardo Oquendo. Le iba a hablar de mí para ver si me podía encargar algún trabajito. Así lo conocí a Abelardo, que efectivamente me dio una columna cada semana. Yo entrevistaba a escritores y hacía

una pequeña crítica. Otro de mis trabajos fue gracias a Luis Jaime Cisneros, que era mi profesor en San Marcos y muy amigo de Abelardo y de Lucho.

Le expliqué mi problema y entonces Luis Jaime muy generosamente me encargó un tomo de esos cuestionarios para el ingreso a la universidad que preparaba la Universidad Católica. Me dio el tomo de Educación Cívica que es mi primer libro publicado, un libro que servía para los que iban a prepararse para el examen de ingreso. Porras también me consiguió además un trabajo en el cementerio Presbítero Maestro. Tenía que fichar los nichos de los pabellones más antiguos, cuyas lápidas se habían borrado. Entonces los domingos me iba al cementerio y el gordo Silva me acompañaba. Javier Silva era mi gran amigo. Me acompañaba, me ayudaba, limpiábamos las lápidas, fichábamos los nombres, las fechas, los pabellones. Me pagaban por muerto.

LA TIMIDEZ

Yo creo que la mía fue la última generación que vivió todos los tabúes concernientes al sexo, a las mujeres, al amor, todas las prohibiciones.

En *Conversación en La Catedral*, el personaje de Santiago Zavala alguna vez se dice a sí mismo que no se le declara a Aída porque es tímido. ¿Qué relaciones has tenido con la timidez?

Yo era bastante tímido con las chicas. A mis primeras enamoradas no me atrevía a besarlas por ejemplo. Les cogía la mano, pero les daba sus besos jugando y en la mejilla. De chico era muy tímido, sí. Yo creo que la mía fue la última generación que vivió todos los tabúes concernientes al sexo, a las mujeres, al amor, todas las prohibiciones. Los fui venciendo poco a poco. En el colegio Leoncio Prado, digamos desde que fui a los prostíbulos del jirón Huatica, ya alcancé una especie de libertad sexual, claro que solo con prostitutas. La relación con enamoradas era para mí mucho más cautelosa en lo sexual.

En una entrevista dijiste que el prostíbulo fue una institución social relativamente importante y que ahora ya no lo es.

Claro. En Piura el prostíbulo era el sitio donde tú ibas a hacer las cosas que no podías hacer en la casa. Era donde podías permitirte unas libertades o vulgaridades que en la casa no te permitías. Pero no era solamente el sitio donde ibas a hacer el amor mercenario, digamos. La gente iba al burdel a comer, los hombres se reunían, tomaban copas, se contaban chistes, y además hacían el amor. El burdel era una institución social para los hombres, era la casa paralela. Era normal encontrarse en un burdel con la gente que uno conocía, con amigos, o terminar en el burdel después de las fiestas. Esa institución se acabó.

CAMBIAR EL MUNDO

La amistad con ellos fue muy importante. Era también un refugio. Yo podía hablar de libros, podía hablar de mi vocación, podía mostrarles las cosas que escribía.

En esa época de San Marcos era muy común la idea de que los libros o incluso un libro puede cambiar el mundo.

Claro, porque esa era la idea de la literatura que estaba en el aire. Me acuerdo que tenía grandes discusiones con Luis Loayza porque él no creía en ese poder transformador de la literatura. A él la política no le interesaba. Creo que le parecía más bien una cosa despreciable. La literatura era un mundo más bien puro para él, era un mundo de formas, un mundo fundamentalmente estético. Esa idea de la literatura estaba muy bien encarnada en Borges, a quien él admiraba y conocía de memoria. Él me hizo leer a Borges, a quien leí con mucha resistencia porque pensaba que contradecía totalmente mi idea de la literatura. Yo estaba influido por Sartre, por Malraux, los existencialistas, los escritores comprometidos de la época. Para mí la vocación literaria era inseparable de su relación con la realidad histórica. Teníamos estupendas discusiones, a veces de horas, con Lucho. Éramos tan apasionados que incluso después de una de las discusiones llegamos a quitarnos el saludo durante un tiempo. Yo defendía a Sartre y él a Borges. Abelardo y Lucho me pusieron de apodo "el sartrecillo valiente". "El borgiano de Petit Thouars" (calle en la que vivía) en cambio era Lucho. La amistad con ellos fue muy importante. Era también un refugio. Yo podía hablar de libros, podía hablar de mi vocación, podía mostrarles las cosas que escribía. A pesar de que tenía toda la vida tomada con mis trabajos, durante esos pequeños encuentros los sábados o las tardes en las que Loayza me iba a ver a Radio Panamericana, buscábamos un momento para conversar de lo que realmente nos interesaba.

Una de las lecturas que te encaminó, que decidió tu destino de escritor fue la novela de Jan Valtin *La noche quedó atrás*.

Yo leí a Jan Valtin en quinto año de media cuando estaba en Piura en casa de mi tío Lucho. Ese libro me impresionó tremendamente. Recuerdo el poema al comienzo del libro: "La noche quedó atrás..., pero me envuelve/ negra como un abismo entre ambos polos;/ doy gracias a los dioses, cualesquiera que sean,/ por mi espíritu indómito". La historia de este comunista, su vida clandestina en la Alemania de Hitler me marcó mucho. Yo creo que esa lectura fue fundamental para que yo pensara que los comunistas iban a salvar este país, nos iban a liberar de la dictadura de Odría. Entré a San Marcos seguramente porque creía que los comunistas estaban allí y que yo debía hacer contacto con ellos.

Pero de una u otra manera a lo largo de tu vida la idea de la rebelión siempre ha estado presente.

Siempre. Pero lo de Odría era muy fuerte en mi familia porque sacó a Bustamante y Rivera que era mi pariente y después no solamente a Bustamante y Rivera, sino también a mi abuelo. Mi abuelo se quedó sin trabajo, renunció apenas hubo el golpe, y se vino a Lima.

EL MATRIMONIO CON JULIA

La estrechez de la vida con Julia me obligó a una gran disciplina, una disciplina total. Hacía todos mis trabajos y lo extraordinario es que además leía y escribía.

¿Cómo recuerdas ahora esos años con Julia?

Mira, fue interesante porque digamos fue una gran locura, una irresponsabilidad total casarse siendo un mocoso. Hubiera podido ocurrir que la servidumbre del matrimonio, es decir tener que ganarme la vida para vivir, acabara con mi vocación. Vivíamos muy modestamente. Si Julia, que llegó a quedar embarazada, no pierde el niño, tal vez habría ocurrido eso, tal vez yo no habría podido ir a Europa. La estrechez de la vida con Julia me obligó a una gran disciplina, una disciplina total. Hacía todos mis trabajos y lo extraordinario es que además leía y escribía. Los cuentos de *Los jefes*, por ejemplo, están escritos todos en Lima, salvo uno. Además, seguí estudiando porque tenía la idea, en realidad la obsesión, de ir a Europa.

Julia nunca te presionó entonces por ganar más dinero.

Nunca puso un obstáculo a mi vocación, todo lo contrario. El único momento en que yo vi a Julia con mucho miedo fue cuando llegamos a París de Madrid con la promesa de una beca que en ese momento no me dieron, aunque la tuve un año después. Ya me había gastado buena parte del dinero del pasaje de regreso. Entonces nos quedamos en París varados, casi sin dinero, y además sin perspectivas. Fue la única vez en que yo vi a Julia realmente asustada. Pero luego en París ella consiguió trabajo antes que yo. Trabajaba en una librería.

EL CULTO A LA AMISTAD

La amistad ha sido una experiencia enriquecedora, que me ha ayudado muchísimo a compensar periodos difíciles.

Me parece que a lo largo de tu vida has tenido siempre un culto a la amistad, un culto a tus amigos.

La amistad es muy importante, sí. Los amigos siempre han sido la familia paralela, el mundo de relaciones estimulantes y afectuosas. Por eso para mí las traiciones de los amigos han sido verdaderos traumas, episodios que en algunos casos nunca imaginé. La amistad ha sido una experiencia muy enriquecedora, que me ha ayudado muchísimo justamente a compensar periodos difíciles. La amistad me ha dado algunos de mis mejores recuerdos. He tenido amigos donde he estado, en todas las épocas, pero seguramente las amistades más arraigadas son las de juventud. En la juventud uno es más permeable, y además menos cauteloso. Uno se entrega mucho más. Conforme pasan los años, en cambio, uno se va construyendo una defensa.

LOS TRANSGRESORES

Yo creo que el personaje que más me deslumbra es el que rompe los límites, el que va más allá de lo previsto, de lo sensato.

¿Qué has descubierto de ti leyendo tus libros?

Yo creo que muchas constantes, ciertas obsesiones recurrentes. Son cosas que hoy día veo claras pero que en un principio no veía en absoluto. Por ejemplo, la obsesión del realismo. Eso hoy para mí es muy evidente, pero al principio no lo era. Cuando estaba en San Marcos y por la influencia de Lucho y de Abelardo y de la admiración que ellos tenían por la literatura fantástica, recuerdo haber intentado escribir historias fantásticas. No me salían nunca. Eso no funcionaba en absoluto porque he tenido una resistencia evidente, muy íntima, a una literatura que no fingiera la realidad.

Por un lado hay una pasión por la realidad, pero en tu obra también hay una pasión por los transgresores, los rebeldes que quieren por cualquier medio transformar la realidad.

Sí, creo también que es otra constante. Todos son transgresores en un sentido o en otro. No me interesan los personajes puramente conformistas.

Muchas de las aventuras de tus personajes están basadas en esa épica de los buscadores, los aventureros, los obsesos. ¿Puede venir eso de tus lecturas de los libros de caballerías?

Yo creo que el personaje que más me deslumbra es el que rompe los límites, el que va más allá de lo previsto, de lo sensato. Eso puede ser que me venga de los libros de caballerías. Lo que nunca sabes es si los libros que más te impresionan te dan ese apetito o si esos libros te impresionan tanto porque ese apetito ya lo tienes y lo identificas en esos libros.

Hay un escenario del Perú que siempre te ha apasionado: la selva.

Es la aventura, es el mundo sin domesticarse, es lo que más se parece a esa exuberancia de la gran literatura de aventuras. Desde la primera vez que fui a la selva el año 58, nunca ha dejado de apasionarme. De ese primer viaje y de los sucesivos salieron *La casa verde*, *Pantaleón y las visitadoras*, *El hablador*.

PATRICIA

Mi vida se ha organizado mucho gracias a ella. Yo he podido dedicarme prácticamente solo a escribir, a leer, digamos a mi vocación. Sin Patricia eso hubiera sido muy distinto, mucho más difícil.

¿Qué importancia ha tenido Patricia en tu trabajo y en tu vida?

Bueno, una importancia capital. En primer lugar, es una historia de amor, un amor difícil, como me gustan a mí, una historia de amor con todas las complicaciones. Mi relación con Patricia desde el comienzo fue una historia de amor muy bonita y por otra parte también una relación que no solamente me ha permitido sino me ha facilitado mucho el poder escribir, el poder dedicarme muy a fondo a mi vocación. Patricia en ese sentido ha sido una gran colaboradora. Yo había tenido temor de tener hijos porque la paternidad podía ser un obstáculo muy serio para mi vocación. Pero nuestros hijos no lo fueron en gran parte porque Patricia asumió todas las tareas domésticas. Mi vida se ha organizado mucho gracias a ella. Yo he podido dedicarme prácticamente solo a escribir, a leer, digamos a mi vocación. Sin Patricia eso hubiera sido muy distinto, mucho más difícil.

Y tiene una energía que se complementa con la tuya.

Sí, totalmente. Viene de familia, me casé con una prima y sobre seguro.

HIJOS Y FAMILIA

Pero la familia está allí, es un conjunto de personas muy concretas que uno toca, que uno siente afectivamente. Todos los recuerdos que yo tengo de mi infancia tienen que ver con la familia.

¿Cómo ha sido la relación con tus hijos y nietos?

Ha sido una relación muy buena, una relación rica, fructífera, una relación que me ha llenado mucho la vida. La vida con los hijos, con los nietos, en realidad con toda la familia puede estar en vías de desaparecer, pero al final uno recuerda la frase de Margaret Thatcher. Según ella, la sociedad no existe; lo que existe es la familia. Yo creo que eso es muy cierto. Uno entiende y siente la familia. La patria en cambio es una abstracción que si no se traduce en unas caras concretas, no existe. La patria es una serie de símbolos, unos amigos, ciertos paisajes, ciertas imágenes de la memoria. Pero la familia está allí, es un conjunto de personas muy concretas que uno toca, que uno siente afectivamente. Todos los recuerdos que yo tengo de mi infancia tienen que ver con la familia. El medio ambiente familiar fue para mí lo estable, lo que me dio siempre una seguridad. La familia es una institución que nace para dar esa seguridad a los seres humanos. Hoy la familia va desapareciendo y creo que eso es tremendo.

UN SUEÑO, UNA PESADILLA Y UNA FOBIA

Y en ese momento sentí un terror tan grande que me desperté aterrorizado, gritando. Desperté a Patricia, que me preguntó qué me pasaba. Le dije que lo que vi o lo que no vi fue tan tremendo que me hizo despertarme, me sacó de la pesadilla como medida defensiva.

Tú contaste alguna vez de una pesadilla. Estás bajando por una escalera de un metro y hay una mano, como una garra de ave, que te coge...

Fue una pesadilla que tuve en Barcelona en 1972. Siempre la recuerdo porque creo que nunca he sentido tanto terror. La pesadilla más o menos era así. Yo bajaba probablemente de una escalera de un metro con la sensación de que había detrás de mí un peligro muy grande, algo muy angustiante. Entonces por una parte me resistía a mirar por el miedo de ver con qué me iba a encontrar, pero por otra parte sentía una tentación o una curiosidad o una urgencia irresistible de volver la cabeza. Tengo la sensación de que fue una pesadilla muy larga, aunque dicen que las pesadillas no lo son. Yo estaba en esta indecisión de si me volvía o no me volvía, hasta que me volví. Y en ese momento sentí un terror tan grande que me desperté, aterrorizado, gritando. Desperté a Patricia, que me preguntó qué me pasaba. Le dije que lo que vi o lo que no vi fue tan tremendo que me hizo despertarme, me sacó de la pesadilla como medida defensiva.

Desde hace algunos años sueño mucho con la Mamaé. Es un personaje que me visita con mucha frecuencia. Se trata de un sueño más bien nostálgico porque es un personaje muy entrañable de mi infancia, de mi juventud, y como un símbolo de la familia también.

¿Y has tenido otras pesadillas o sueños recurrentes?

Desde hace algunos años sueño mucho con Mamaé. Es un personaje que se me aparece con frecuencia. No me

acuerdo que hablemos, pero la veo sentada en su silloncito ahí en la ventana o caminando o apoyándose en una silla, tenía una silla como un bastón. Esa silla la veo en sueños. Es un personaje que me visita con mucha frecuencia. Se trata de un sueño más bien nostálgico porque es un personaje muy entrañable de mi infancia, de mi juventud, como un símbolo de la familia también. Era lo permanente.

¿De dónde crees que viene esa fobia que has tenido con las ratas?

Pues mira, no sé de dónde viene. También tengo horror a las pepas, lo que tampoco sé de dónde viene. Siempre tuve eso desde chico, un horror a las frutas. Ver gente comer frutas con pepas me produce una repugnancia infinita. Cuando era chico incluso me peleaba yo con los chicos a los que veía comer. Una vez me peleé con mi enamorada cuando la vi comer naranjas. Volviendo a lo de las ratas, yo creo que probablemente en Piura en el año 52, en la casa en que vivíamos, había unos entretechos y en esos entretechos oía correr a las ratas. Se ponían trampas y a veces caían dos ratas en una noche. Yo llegué a concebir una especie de espanto que nunca se me ha quitado. Es un animal que me produce una infinita repugnancia. Cuando leí 1984, la novela de Orwell, sentí terror cuando le muestran al héroe esa jaula donde hay una rata hambrienta y le dicen que está diseñada para que él pueda meter la cabeza.

CAMUS, SARTRE Y PARÍS

Conocer a Sartre fue muy emocionante porque él había sido una especie de ídolo. No hablamos sino una o dos palabras. Durante el acto, Sartre leyó un texto sobre el Perú donde nunca había estado.

¿Cómo fue tu encuentro con Albert Camus en Francia?

A comienzos del año 58 cuando gané el premio de *La revue française* y viajé a París, yo quería ver a Sartre. El señor Prouverelle, director de la revista que me había dado el premio, trató de conseguirme una entrevista con él. Pero el secretario de Sartre le dio pretextos y no pude verlo en ese momento. Con respecto a Camus, me dijeron que si yo iba al teatro, donde él estaba dirigiendo la reposición de una de sus obras, lo podía encontrar. Entonces fui y efectivamente lo vi aparecer con María Casares, que era su amante. Él vestía un impermeable como en las fotos. Fue muy emocionante. Me acerqué a hablarle en mi mal francés y él me contestó en español, lo que fue muy divertido. Su madre era española, una señora analfabeta, una sirvienta en Orán. Entonces le entregué un cuadernito, la revista que sacábamos con Abelardo Oquendo y Luis Loayza. Fue un cruce de dos palabras. A Sartre lo conocí muchos años después cuando yo ya me había decepcionado mucho de él y había tomado muchas distancias. Ya estaba viviendo en Londres y vine específicamente a París porque se organizó en *La Mutualité*, un acto público en contra de los juicios ante un tribunal militar de Hugo Blanco y sus compañeros. Se decía que iban a condenar de muerte a Hugo Blanco.

Conocer a Sartre fue de todas maneras muy emocionante para mí porque él había sido una especie de ídolo. No hablamos sino una o dos palabras. Durante el acto, Sartre leyó un texto sobre el Perú donde nunca había estado. Fue una composición a partir de lecturas, un esquema de lo que era el Perú. Esa fue la única vez que lo vi.

EL FUTURO DEL PERÚ

Digamos que hay razón para la esperanza en términos generales. Hay países que estando muy mal ahora están bien o mucho mejor o por lo menos consiguieron orientarse en la buena dirección. Esa posibilidad existe y si esa posibilidad existe no hay ninguna razón para que el Perú no la aproveche.

¿Cómo ves ahora el futuro del Perú?

Bueno, mira, cuando yo tenía 15 ó 16 años yo creía que el Perú podía llegar a ser mientras yo estuviera vivo un país absolutamente moderno, próspero y justo. Luego con el tiempo fui moderando esas expectativas. Por muchos períodos he tenido un pesimismo total del que siempre algo me ha hecho salir. Cuando cayeron las dictaduras de Velasco y de Morales Bermúdez, se abrió una nueva posibilidad. Luego subió Belaunde y se restableció la democracia. Por entonces ya no pensaba que el Perú podía llegar a ser un país absolutamente moderno y próspero pero por lo menos esperaba que se enrumbara en la buena dirección y que avanzara bastante. Cuando yo entré a hacer política, me sentí bastante optimista con las posibilidades de hacer una reforma en la que se podía asentar la democracia y dentro de la democracia, orientar la política económica. Pero después de los diez años de Fujimori realmente es muy difícil ser optimista si tienes una cierta idea de lo que debe ser el progreso de un país. Hoy día es posible que un país atrasado se modernice. Hay ejemplos. Pero es muy difícil ser optimista con el Perú porque al final lo que tú verificas es que la perseverancia en el error es realmente quizá nuestra tradición más arraigada. No sé si ocurre en todos los países pero es muy claro que la experiencia no es educativa en el Perú. Digamos que las cosas que nos ocurren no mejoran nuestra percepción de nuestros errores.

¿Cuál ha sido el error más frecuente?

El desprecio de la democracia, el permitir alegremente que se destruya la democracia cada cierto tiempo con el apoyo de muchos. Los dictadores en el Perú han sido populares. Prácticamente todos los dictadores han tenido un nivel alto de popularidad, algunos más y algunos menos. Digamos que la clase supuestamente dirigente no lo es. La clase dirigente no tiene un sentido de pertenencia a un país.

Es una clase tremendamente egoísta. Lo que quiere es sobrevivir y mantener ciertos privilegios, aunque eso signifique que el país se estanque en lo que está. Esa es la realidad y por eso han apoyado a los dictadores casi siempre. Además de muy poco modernos y emprendedores, muchos de los miembros —aunque no todos— de la clase dirigente también han sido muy cobardes cuando se han visto amenazados en sus intereses como durante la dictadura de Velasco.

En esas circunstancias se han acomodado y han visto con la misma sonrisa irónica de siempre (una actitud que es tan peruana) que se destruía a los vecinos, se destruía a los colegas.

Un caso pertinente en todo esto es el de Alan García. El gobierno de corrupción que fue muy extendida. Eso golpeó tremendamente a quienes no formaban parte del poder. García no fue presidente hace siglos, lo fue hace muy poco tiempo. El recuerdo de ese régimen catastrófico está presente. Sin embargo, ahora se han dado las condiciones para que el APRA sea considerado una alternativa para el próximo periodo de gobierno. Esto es muy decepcionante para cualquiera que no haya perdido la lucidez.

¿Y crees que hay razones para tener esperanza sobre el futuro social y político?

Digamos que hay razón para la esperanza en términos generales. Hay países que estando muy mal ahora están bien o mucho mejor o por lo menos consiguieron orientarse en la buena dirección. Esa posibilidad existe y si esa posibilidad existe no hay ninguna razón para que el Perú no

la aproveche. Pero las ilusiones, los entusiasmos que yo he tenido en cierto momento, no solo cuando era joven sino incluso en la época de mi candidatura, desde luego no los tengo ahora. Sin embargo, como te digo, la posibilidad está allí. Quisiera equivocarme desde luego. Creo que es lo máximo que un peruano de mi generación puede aspirar a ver que el Perú se enrumbe por fin.

¿Cuáles son los cambios fundamentales entre el Perú que viste en los años 50 y el de la primera década del siglo XXI?

Hoy en día es un país más mezclado, pero no diría que se ha integrado porque la idea de la integración expresa una síntesis superior. Yo no sé si la integración ha ocurrido realmente en el Perú. Digamos que la élite tiene los mismos prejuicios, las mismas cegueras y los sectores populares tienen los mismos resentimientos. Pero hay mucha más mezcla de clases sociales. Hay ricos que vienen de una extracción muy popular, eso es nuevo, y hay gente que pertenecía a la clase alta y que se ha empobrecido. Esas mezclas son positivas, pero no creo que todavía se hayan creado unas condiciones que permitan una movilidad social de tal manera que tengan éxito los mejores y que los peores sean sancionados por el sistema. Todavía el privilegio sigue siendo, en la mayor parte de los casos, el pasaporte indispensable para el éxito. Las oportunidades que tiene el peruano aún dependen casi totalmente de su extracción, de su apellido, de su colocación en el esquema social.

Sin embargo, por primera vez hay casos de éxito económico de personas de origen social y económico bajo.

Sí los hay y no los había en el pasado. Eso se debe a la odiada globalización. La globalización permite hoy en día unas oportunidades que antes eran imposibles.

TRAZAR UNA HISTORIA

Un personaje expresa siempre a un autor. Si el autor no se ha volcado en él, entonces el personaje no llega nunca a vivir, nunca llega a fingir de veras la vida. Creo que también ese es un proceso mucho más inconsciente que consciente.

Tú has explicado alguna vez que al escribir las novelas trazas algunos lineamientos argumentales, aunque luego a lo mejor no se cumplan.

Sí, hago unas trayectorias, aunque sean muy generales y muy vagas. Trato de planear dónde comienza un personaje y dónde termina. También trato de ver si puedo establecer los cruces y descruces entre los personajes, aunque sea de una manera muy general. A la larga, no respeto esos esquemas generales por supuesto, pero me dan la seguridad mínima que necesito para empezar a redactar con cierta nitidez desde un principio. En otros casos la historia surge de una situación, una anécdota. Pocas veces tengo un personaje desde el comienzo. Claro que a veces lo tengo. En una novela como *El Paraíso en la otra esquina*, muy claramente el personaje es un punto de partida de la historia. Pero en historias donde el material no es histórico es distinto. Muchas veces el personaje es una sombra, una silueta completamente borrosa y en el mismo trabajo va cobrando cuerpo. Trabajando sobre ese borrador que es muy caótico, muy convencional, muy repetitivo, el personaje va adquiriendo algunos perfiles. Generalmente me cuesta mucho trabajo sentir al personaje con una cierta confianza; es algo que ocurre cuando he trabajado mucho.

Y ya en algún momento el personaje se hace cargo y va cobrando autonomía, va empujando la historia.

Sí, esos son los grandes momentos, cuando ya tú más bien obedeces al personaje. Hay que seguirlo, respetándolo, por donde vaya. Ya tiene su propia autonomía.

Un escritor tiene relaciones muy íntimas con sus personajes. ¿Estás de acuerdo en que muchos de los personajes son fragmentos o partes o segmentos de ti?

Yo creo que un autor está diseminado en sus personajes, incluso en los personajes que son muy antagónicos. Un personaje sale siempre de un autor. Si el autor no se ha volcado en él, entonces el personaje no llega nunca a vivir, nunca llega a fingir de veras la vida. Creo que también ese es un proceso mucho más inconsciente que consciente.

EL ARTE DE CONTAR

A mí me apasiona la historia y lo que más me deslumbra de una novela es una historia que parece vivir por sí misma, que no tiene ningún tipo de servidumbre o dependencia. Pero eso se consigue, claro, a través de una eficacia técnica.

Tú has hablado la importancia que tiene la historia en una novela. ¿Crees que todo novelista debe contar una historia en sus libros o la historia debe subordinarse a las reflexiones, las digresiones, las descripciones de anécdotas sueltas?

Bueno, algunos escritores dentro de los que evidentemente estoy yo son contadores de historias. Es lo que trato de hacer cuando escribo, lo cual no quiere decir que desdeñe el aspecto puramente formal o técnico. Una buena historia depende en gran parte de la técnica, de la forma, de la manera como se organiza la estructura. Pero hay escritores en los que más bien la historia se convierte al final en un pretexto para el despliegue formal o para la creación de un lenguaje. A veces en relación con grandes escritores uno se pregunta hasta qué punto les interesa la historia. Me refiero por ejemplo a una novela como *Paradiso* de Lezama Lima. Hay una historia allí, pero buena parte de ella está totalmente disuelta, pasa a un segundo plano y se convierte en algo muy borroso, en un mero pretexto para el lujo verbal, para la creación de una realidad fundamentalmente verbal. Desde luego no es mi caso. A mí me apasiona la historia y lo que más me deslumbra de una novela es una historia que parece vivir por sí misma, que no tiene ningún tipo de servidumbre o dependencia. Pero eso se consigue, claro, a través de una eficacia técnica.

Las historias son esenciales para una comunidad. Se convierten en un patrimonio de la vida cultural y social, y en cierto modo fundan las sociedades, ¿no crees?

Las historias siempre han sido un gran aglutinante social. Las sagas por ejemplo eran historias populares, pero al mismo tiempo constituían una tradición, hacían referencia a un pasado mítico, a una continuidad histórica. Claro, ése es el remoto ancestro de la novela.

En general, creer en lo que se cuenta, tanto en la literatura como en la religión, es fundamental.

En el origen, cuando las primeras historias se contaron, yo creo que una de las razones por las que prendieron en las comunidades, en los primeros oyentes, fue el asombro que provocaron. Yo creo que ningún escritor moderno, por más civilizado que sea, puede renunciar a ese don precioso del asombro.

Bueno, la estupefacción, el hechizo que provocan es fundamental. Yo creo que en eso hay una reminiscencia perdida que viene de tiempos lejanísimos, es decir, de tiempos cuando no estaba absolutamente nada clara la frontera entre la realidad y la ficción. La realidad y la ficción se confundían, andaban completamente mezcladas. La religión se expresaba a través de la literatura. La Biblia está llena de historias; tú les puedes dar a esas historias una lectura no religiosa. Son historias maravillosas y sorprendentes. Lo que pasa es que después la literatura se vuelve laica. Desde entonces su hechizo ya no es de tipo religioso, pero es un hechizo también. En general, creer en lo que se cuenta, tanto en la literatura como en la religión, es fundamental. Un escritor laico tiene que conseguir esa convicción a través de unos efectos de lenguaje y ya no a través del poder de la revelación o de la conversión religiosa. Esa es la gran diferencia.

FLAUBERT, VÍCTOR HUGO, FAULKNER

Con Faulkner me di cuenta de la función de la técnica en la creación del hechizo novelesco. A veces había novelas suyas muy difíciles de leer, que demandaban un gran esfuerzo, pero ese esfuerzo creaba a su vez una gran recompensa. Era como ir de expedición por una selva y encontrar poco a poco los tesoros.

De los muchos escritores que han sido importantes para ti, hay tres que son fundamentales. Uno es Flaubert, otro es Víctor Hugo y el tercero es Faulkner. ¿Qué te ha dado cada uno de ellos?

El más antiguo es Víctor Hugo. Yo leía a Víctor Hugo cuando era muy joven, casi un niño. Lo leí en el colegio Leoncio Prado, en tercero de media. Desde entonces sentí el hechizo por el mundo ese tan complejo y diverso, de grandes aventuras. Es un escritor que crea personajes que van más allá de los límites, personajes que de alguna manera alcanzan la estatura de prototipos de la generosidad, de la crueldad, de la justicia, de las experiencias llevadas a los extremos. Todos los personajes de Víctor Hugo tienen una grandeza en la bondad o en la maldad. La generosidad y la fortaleza de Jean Valjean o la inocencia, la picardía, la gracia de Gavroche, así como todos los otros personajes —Marius, Javerc, Cosette—, son insuperables como modelos. Allí aparece la idea del personaje como alguien que rompe los límites, que crea una especie de prototipo humano. Leí mucho a Víctor Hugo, pero de toda su obra, *Los miserables* fue la novela que me sacudió más. No asocio mi admiración por Víctor Hugo a preocupaciones estrictamente literarias como en el caso de Faulkner. A Faulkner lo leí en la universidad y desde el principio sentí una gran fascinación por sus historias, por ese mundo tan compacto donde además los personajes pasaban de novela a novela y de historia a historia. Creo que mi experiencia fundamental con Faulkner fue un gran deslumbramiento por su técnica. Con Faulkner me di cuenta de la función de la técnica en la

creación del hechizo novelesco. A veces había novelas tuyas muy difíciles de leer, que demandaban un gran esfuerzo pero ese esfuerzo creaba a su vez una gran recompensa. Era como ir de expedición por una selva y encontrar poco a poco los tesoros.

En Flaubert yo encontré un tipo de novela que claramente yo quería escribir, un tipo de novela que fingiera la realidad, una técnica para fingir objetividad.

En Faulkner, a pesar de tanto despliegue verbal, también hay imágenes visuales muy nítidas.

Sí, hay mucha materia visual. Digamos que la técnica de ninguna manera te ahoga la fuerza del personaje o de las escenas. Al contrario. La técnica te crea en Faulkner unas atmósferas, te crea unas expectativas, te distrae de lo esencial para que cobre relieve.

Y la violencia del lenguaje refleja la violencia de la realidad de la que habla...

Por eso para un latinoamericano, Faulkner es un autor muy cercano. Su mundo tiene afinidades con el nuestro. Nuestra tradición cultural y social tiene una herencia muy violenta, muy brutal, no asimilada por el presente. Está hecha de razas y tradiciones distintas. Todo ese mundo de Faulkner es muy latinoamericano. Recuerdo la escena en *Luz de agosto* cuando Percy Grimm pega el tajo y castra a Joe Christmas y entonces Faulkner dice que apareció un surtidor de sangre, un surtidor que caería sobre sus almas y viene esa enorme metáfora. Bueno, yo creo que eso es lo que deslumbra a una persona que está empezando a escribir, esa técnica y esas imágenes que levantan la historia a unos niveles míticos. Se crean esas atmósferas tan sutiles, tan ricas, y a veces de una brutalidad y de una humanidad prodigiosas.

Y el caso de Flaubert ya es mucho más concreto. En Flaubert yo encontré un tipo de novela que claramente yo

quería escribir, un tipo de novela que fingiera la realidad, una técnica para fingir objetividad. Esa es la gran diferencia entre Flaubert y Faulkner. Faulkner es muy subjetivo pero en Flaubert todo pasa por esa precisión, exactitud y distancia que es la distancia de la realidad objetiva. A mí me deslumbró mucho eso. La idea del narrador invisible, la idea de la novela que se presenta como autosuficiente, son nociones que fundan la novela moderna y se cristalizan con Flaubert. El caso de Flaubert es muy importante porque me dio el ejemplo de la fabricación del talento a través de la disciplina y de la perseverancia. Yo tenía mucha inseguridad y Flaubert me dio un ejemplo, un método de trabajo, una actitud frente a la literatura. Digamos que en relación con los tres escritores he tenido una gran admiración de lector por sus obras, pero también algo más.

¿CÓMO EMPIEZA UNA NOVELA?

En la memoria hay como un gran desván de ideas diversas que con el tiempo se van asociando con otras y van encontrando su lugar en el proceso de escribir. A lo mejor son cosas que uno ni siquiera recuerda y que de pronto vuelven.

¿Cuál es el punto de partida de una novela?

Cambia mucho. A veces es un personaje, a veces es una situación. En el caso de *El Paraíso en la otra esquina*, como te decía, comenzó con el personaje de Flora Tristán. Después eso se fue enriqueciendo con un contexto político, con paisajes, la historia del siglo XIX, los utopistas, el Perú. Pero al principio fue solamente el personaje. En otras novelas, el punto de partida no ha sido el personaje. Por ejemplo, en *La ciudad y los perros* mi idea inicial era un ambiente: el mundo del Leoncio Prado que era un mundo autosuficiente, de mucha violencia, un mundo darwiniano donde los débiles son aplastados por el fuerte. Los personajes fueron surgiendo luego.

En el caso de *El hablador* fue un discurso. Cuando conocí a los esposos Snell en el Instituto Lingüístico De Verano, la primera vez que fui a Yarinacocha en el año 58, lo que me quedó en la memoria fue la historia que me contaron de un hombre que había llegado a la comunidad y que hablaba y hablaba toda la noche. Hablaba con un discurso absolutamente confuso y diverso donde se mezclaban anécdotas, historias, confesiones personales, comentarios, leyendas. Esa fue la imagen que me quedó del hablador, ese hombre que habla y que va de pueblo en pueblo, de familia en familia, con ese discurso continuo en el que la gente se va reconociendo, que va como integrando a la comunidad.

Uno no elige con total libertad las historias. Estas se te van imponiendo a partir de justamente ese desván secreto que ha generado imágenes, personajes, situaciones, recuerdos.

Pero al comienzo tenía solo esa idea, no el personaje concreto. *Los cachorros* se originó cuando leí la noticia en un periódico sobre la castración de un niño que había sido mordido por un perro. Lo que me interesaba era contar la historia de una herida que a diferencia de otras heridas que con el tiempo se cierran, iba a abrirse. Yo tenía la idea de escribir una historia sobre un barrio y asocié la historia de la herida con la atmósfera del barrio. Tenía el recuerdo de lo que había sido esa vida de pandilla de un grupo de chicos y chicas que crecen juntos y que siguen unos ritos. El personaje de Pichulita Cuéllar, el protagonista de *Los cachorros*, se asoció de pronto a la idea del barrio y encontré ahí un medio ambiente donde encajaba. Guardar la idea de un personaje que encuentra su contexto después de un tiempo me ha pasado en otros libros. Por ejemplo, yo tenía en mente una historia sobre un anarquista frenólogo desde que leí un libro sobre el anarquismo español y descubrí que un grupo anarquista en Barcelona se había fascinado por la frenología. La frenología, tal como la concebían ellos, desmitificaba a Dios. Era la ciencia del materialismo según la cual la naturaleza del alma está inscrita en los huesos de la cabeza. Esos anarquistas frenólogos me atraían mucho como personajes de una historia, pero yo no sabía dónde introducirlos. Cuando escribí *La guerra del fin del mundo*, pensé que allí sí cabían perfectamente en un personaje como Galileo Gall. En la memoria hay como un gran desván de ideas diversas que con el tiempo se van asociando con otras y van encontrando su lugar en el proceso de escribir. A lo mejor son cosas que uno ni siquiera recuerda y que de pronto vuelven. Supongo que eso te pasa a ti también cuando escribes; tener una serie de ideas que almacenas y usas muchos años después...

También de pronto hay historias o fragmentos de historias que uno escucha o que lee al azar y que persisten en la memoria.

Por eso yo creo que uno no elige con total libertad las historias. Éstas se te van imponiendo a partir de justamente ese desván secreto que ha almacenado imágenes, personajes, situaciones, recuerdos. Seguramente además han sido manipulados porque la memoria manipula mucho los recuerdos.

LA CRÍTICA LITERARIA

Hay críticas que enseñan mucho sobre uno mismo, sobre el propio trabajo, cosas de las que uno no sabía nada o tenía una idea vaga.

Has contado que tu primer encuentro con la crítica literaria ocurrió cuando le leíste un cuento a un grupo de personas que lo ignoró totalmente.

Claro. Fue cuando estaba yo en la universidad, no recuerdo el año, quizá en el segundo o tercer año de universidad. Debe haber sido el año 54 cuando estaba trabajando con Porras. Carlos Aranibar se reunía con un grupo de críticos y escritores. Ese día la reunión fue en el local de "El Patio", frente al teatro Segura. "El Patio" era un café de artistas, de bohemios. Aranibar me dijo que si yo escribía cuentos podía ir a leerlos a esa reunión. Me acuerdo que ahí estaban Sebastián Salazar Bondy, Alberto Escobar, Abelardo Oquendo, a quien todavía no había conocido; estaba Julio Macera, el hermano de Pablo. Era un grupo grande. Entonces fui y leí un relato que se llamaba *La Parda*, sobre una mujer extraña a quien se le veía siempre en los cafés y que contaba cuentos o que pedía que le contaran cuentos. No recuerdo el detalle. La lectura fue una experiencia muy deprimente porque en primer lugar yo ya me sentía muy intimidado con estas figuras de la vida intelectual en el Perú. Les leí el relato y cuando terminé no hubo ningún comentario. Nadie dijo ni una frase. Se produjo un silencio y de pronto la conversación arrancó por otro lado. Yo me sentí en el más absoluto ridículo. Estaba seguro de que mi cuento era espantoso cuando no había merecido ni una sola reacción. Así que fui a mi casa y rompí el cuento. Fue una situación muy peruana. Nadie me dio una opinión ni buena ni mala.

**¿Y cómo son tus relaciones con la crítica literaria?
¿Alguna vez te has sentido reflejado en un texto sobre tu obra?**

Bueno, digamos hay críticas que te enseñan cosas sin ninguna duda. Recuerdo un libro de David Gallagher, que fue uno de los primeros libros que se escribieron sobre los autores del *boom*, cuando él era profesor en Oxford. Era un libro de ensayos sobre novelas. Allí hay un ensayo sobre *Conversación en La Catedral* que a mí me impresionó mucho. Decía más o menos lo siguiente: que en la novela se presenta el poder —el vértice del poder— como sucio. Cada vez que la historia se acerca a ese vértice, decía Gallagher, la historia se ensucia en el lenguaje, en las situaciones, en las ocurrencias. A medida que se distancia, en cambio, el lenguaje se va limpiando. Yo no lo había pensado jamás, pero él daba unos ejemplos muy convincentes. Me pareció que tal vez en la novela había una organización de la que yo no había sido consciente. Esas son las críticas que a uno lo entusiasman más porque realmente enseñan muchas cosas sobre uno mismo, sobre el propio trabajo, cosas de las que uno no sabía nada o tenía una idea muy vaga. Hay otras críticas que más bien son muy desconcertantes porque van en contra totalmente de lo que uno cree pero que al final pueden sembrar una duda. A mí me pasó por ejemplo con *La ciudad y los perros* y Roger Callois. En una conversación con él me dijo que había leído *La ciudad y los perros* y que le parecía muy interesante ese juego psicológico con el crimen del Jaguar. Según Callois, yo había hecho que el Jaguar se atribuyera un crimen que él no había cometido solo para conseguir otra vez el liderazgo que había perdido, aun a costa de su honor. Yo le pregunté si estaba seguro de que el Jaguar no había matado al Esclavo. Me dijo que le parecía imposible porque el crimen no estaba dentro de la estructura ni psicológica ni moral del personaje. Según Callois, en la novela él se atribuía ese crimen porque se sentía como un exiliado. Había perdido lo que para él era lo más importante, el liderazgo. Su interpretación me pareció muy forzada al principio, pero después pensé que si él lo había leído así y para él era tan clara esa conclusión, tal vez yo mismo lo había pensado así sin haberme dado cuenta.

En todo caso la autoría de ese crimen no es tan evidente en la novela.

Claro, no es tan evidente. Hay una ambigüedad ahí, pero yo pensaba que esa ambigüedad de todas maneras dejaba claro en el fondo que el Jaguar había matado al Esclavo. Sin embargo, después ya me quedé con la duda. Yo creo que esas son las críticas interesantes, las que te enseñan cosas sobre ti mismo.

EL LIBERALISMO

El liberalismo parte de una realidad mucho más pedestre y para muchos deprimente: que hay unos intereses personales muy relacionados con el egoísmo, no con el altruismo, que determinan —si no en todos los casos, en la mayoría de ellos—, la conducta de los seres humanos.

¿Por qué crees que el liberalismo como sistema político es más adecuado para el desarrollo social y económico? ¿Las premisas del liberalismo interpretan de un modo más exacto la naturaleza humana, la vida social y la vida individual? ¿Le dan más valor a la idea de que el hombre es un ser creativo por naturaleza?

Yo creo que el liberalismo es realista, pues parte de unos hechos muy concretos respecto a la naturaleza humana. A muchos de nosotros que estamos todavía muy impregnados de romanticismo nos cuesta trabajo aceptar, por ejemplo, que somos seres profundamente egoístas, profundamente centrados en el interés particular. Me parece que montar enteramente una organización de la sociedad partiendo del principio básico del altruismo generalmente nos lleva a la irrealidad, a una ficción. El liberalismo parte de una realidad mucho más pedestre y para muchos deprimente: que hay unos intereses personales muy relacionados con el egoísmo, no con el altruismo, que determinan —si no en todos los casos, en la mayoría de ellos—, la conducta de los seres humanos. Entonces es preferible reconocer la sociedad partiendo de esa realidad en vez de partir de la irrealidad de creer que los seres humanos funcionan por idealismo, por altruismo o por generosidad. En la mayor parte de los casos, los seres humanos tienen intereses, defienden posesiones o derechos. Esa es básicamente la idea liberal que provoca más rechazo. Por eso se dice que es un sistema egoísta e individualista. Pero si se crea un sistema en el cual una persona defendiendo esos intereses es creativa y se siente estimulada a producir y a crear riqueza, actuando bajo unas reglas de juego que sean

equitativas, que no permitan a una persona abusar de las demás, al final se va creando un patrimonio, una prosperidad, un progreso que revierte sobre el conjunto de la sociedad. Ahora, yo creo que esas reglas de juego indispensables solamente pueden existir si hay una democracia, si existe una legalidad, si existe una justicia independiente del poder político y del poder económico. Eso es fundamental. Pero la democracia en sí misma no crea prosperidad. La democracia defiende los derechos humanos. Crea un clima de libertades que permite que los gobiernos sean fiscalizados, que haya renovación de los poderes políticos, pero por sí misma no crea prosperidad. Solo el mercado y la competencia la crean. Esa es la lección de la historia. La prosperidad es consecuencia de un comercio en el cual se ofrecen ciertos servicios y ciertos productos a un mercado de consumidores. En esta competencia es donde va surgiendo la riqueza. Creo que éste es el principio fundamental del liberalismo en lo económico. Eso para mí es absolutamente inseparable de la libertad, la legalidad, el sistema de consensos y de contrapesos. En general, lo que representa el liberalismo es una opción que está muy alejada de los grandes prototipos sociales románticos, y por eso yo creo que provoca tanto rechazo.

Y el romanticismo crea las utopías. En cierto modo el marxismo es una prolongación del sueño romántico en el siglo XIX...

El romanticismo es la esencia de las utopías. El mesianismo es romántico. Lo que pasa es que el marxismo está totalmente enmascarado detrás de un aparente racionalismo científico. Sin embargo, cuando escarbas un poco ves que en el marxismo se habla de una historia que marcha absolutamente en una dirección hacia el progreso, hacia la felicidad humana, exactamente como en Víctor Hugo la humanidad avanza hacia Dios. El sueño de Víctor Hugo es una humanidad poseída por el mal que poco a poco

lo va derrotando hasta llegar a Dios. Ese es un sueño romántico. De acuerdo con eso, tendríamos que pensar que algún día el mundo va a llegar al paraíso, va a producirse el juicio final y el premio y la condenación eterna. Pero eso va en contradicción con la historia.

¿Qué crees que va a pasar con la democracia y con la defensa de los derechos humanos en el escenario internacional?

Bueno, creo que hemos avanzado, pero por desgracia en todas las direcciones. También hemos avanzado en el perfeccionamiento de las armas de destrucción masiva. Una pequeña organización que tenga los recursos suficientes podría acabar con la vida en regiones enteras del planeta. Ahora creo que, si puede mantenerse la paz internacional, podría haber un progreso considerable para buena parte de la humanidad. Hay una frase de Popper que dice que estamos mal pero nunca hemos estado mejor. Nunca en la historia hemos tenido tantas ideas, tantos recursos, tantos conocimientos, tanta ciencia, tanta técnica como para dar una batalla absolutamente eficaz contra el hambre, la pobreza, la injusticia. Eso en teoría es cierto pero el problema es que cuando miras alrededor, descubres que algunas sociedades y algunas regiones avanzan efectivamente en esa dirección pero que van tomando unas distancias que son vertiginosas con las que no avanzan o con las que retroceden. De estas sociedades que no avanzan hay muchas que siguen dando vueltas.

LOS HITOS DE UNA VIDA

Si no hubiera ido a Europa el año 58, yo me pregunto si hubiera podido ser un escritor. Hubiera escrito, pero a salto de mata. La vida hubiera podido irme empujando de una manera irresistible en otra dirección.

¿Piensas que hay unos hitos en tu vida, que hay ciertos episodios que te han marcado como si tu vida fuera una novela con personajes principales? ¿Cuáles serían?

Desde el punto de vista de mi vocación creo que lo decisivo fue la ida a Europa. Si no hubiera ido a Europa el año 58 yo me pregunto si hubiera podido ser un escritor. Hubiera escrito, pero a salto de mata. La vida hubiera podido irme empujando de una manera irresistible en otra dirección. Cuando yo llegué a Europa el año 58 vi muy claramente que si yo no trataba de organizar enteramente mi vida en función de mi vocación, nunca iba a llegar a ser un escritor. Yo descartaba que la literatura me significara ningún ingreso. Pensé que debía organizar mi vida para escribir y que debía buscar trabajos en función de mi vocación. De Madrid me fui a París y tuve muchas dificultades el primer año allí para encontrar trabajo. Luego tuve horarios muy largos y no tenía mucho tiempo para escribir, pero me sentía muy estimulado en el exilio y la soledad. El exilio es muy importante porque en él uno descubre todas las dificultades de ser un verdadero escritor. En Lima era muy rápido alcanzar un estatus cultural. Yo había ganado un premio con un cuento y ya de alguna manera era considerado un escritor. Pero llegar a Europa y descubrir que uno no es nada, que no existe, que si realmente quiere ser un escritor, tiene que escribir y tener cierta ambición y además una disciplina, creo que fue la experiencia fundamental. Yo en Europa me sentí enormemente estimulado. En el Perú, en cambio, me sentía tremendamente frustrado. Sentía como una especie de maquinaria montada a mi alrededor para disuadirme de ser un escritor. Yo creo que eso les ha pasado a muchísimos.

¿Hay algún otro hecho en tu vida, comparable con la ida a Europa, que tú recuerdes como un momento fundamental?

Bueno cuando Carlos Barral se entusiasma con *La ciudad y los perros*. Cuando yo la terminé, mandé la novela a varias editoriales. Algunas ni me contestaron, otras me la rechazaron. Bueno, digamos que era lo que esperaba. Hasta que de pronto, en París, recibí un telegrama de Carlos Barral, que estaba entusiasmado con la novela. Él se empeñó mucho en que yo la presentara al premio Biblioteca Breve y cuando ganó, a la novela le fue desde el primer momento muy bien. Empezó a ser traducida. Fue un aliciente muy grande. Y quizá otro episodio decisivo ocurrió en 1970 cuando yo enseñaba en Londres y vino a verme Carmen Balcells. Yo había publicado hasta entonces *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y acababa de publicar *Conversación en La Catedral*. Carmen Balcells apareció en Londres y me dijo que renunciara a la universidad y me dedicara solamente a escribir. Yo no había pensado hacerlo, pero ella me insistió mucho. Le dije que no me sentía seguro de lo que sería mi situación económica si dejaba la universidad, pero ella me contestó que me garantizaba que tendría suficientes ingresos. Eso fue un cambio muy importante en mi vida porque aunque seguía haciendo otras cosas ya realmente empecé a vivir de mis libros desde 1970.

Me propuse ser escritor; sabía que tenía que buscar trabajo para comer pero que iba a ser escritor.

Y en tu vida familiar, en tu vida privada, ¿cuáles han sido los hitos?

Bueno, el matrimonio con Julia lógicamente que me hizo hombre violentamente a los 19 años y me obligó a asumir una responsabilidad. Luego, el descubrimiento de mi padre que quizás ha sido el hecho más importante de mi vida. El ingreso al Leoncio Prado tuvo mucha importancia también,

pues fue descubrir un país, descubrir la violencia, descubrir un mundo nuevo, como salir de la edad de la inocencia en cierta forma. Pero creo que si hay un hecho que para mi vocación fue absolutamente decisivo fue el viaje a Europa. Allí adquirí la fuerza para hacer algo que en Lima no hubiera hecho nunca. Me propuse ser escritor; sabía que tenía que buscar trabajo para comer pero que iba a ser escritor.

Y no habías escrito mucho en ese momento...

No había escrito nada más que *Los jefes*. Ni siquiera sé si había salido *Los jefes*. Había escrito unos cuentos, crónicas, reportajes.

EL COMPROMISO Y LA BUENA ESTRELLA

Lo que tengo muy claro a lo largo de mi vida es que he tenido mucha suerte, me han ocurrido cosas que me han ayudado enormemente. No se puede decir que todo lo que me ha ocurrido lo gané con mi esfuerzo.

Una característica de tu vida es el compromiso. Un compromiso con tu vocación, con tus ideas, con tus amigos, con tu familia ...

Sí, yo me he entregado mucho, de una manera muy vehemente, muy poco calculadora.

No sé si vehemente, pero digamos muy radical.

Muy radical, sí.

Pero esa es una gran virtud creo en un país como el Perú donde pocos se comprometen.

Es una de mis características evidentemente. Me ha traído muchos problemas, pero al mismo tiempo es una manera de ser que también me ha traído satisfacciones. Ha sido la causa de todas las equivocaciones y excesos que yo pueda haber cometido, pero creo que da una coherencia a lo que ha sido mi vida. Han habido períodos en los que eso me ha traído reconocimientos, pero otros en los que he sido más bien castigado por esa manera de ser.

Cuando tú atacas el golpe de Estado de Fujimori se te acusa de antiperuano.

Ferozmente y además no lo hace solamente el gobierno sino también mucha gente que me consideraba un traidor y un resentido. Me pasó lo mismo antes cuando se produjo la ruptura con Cuba. El régimen cubano en ese tiempo todavía era un mito. Tenía mucha fuerza, sobre todo en el campo intelectual. Cuando empecé a condenar al gobierno cubano, fue como pasar de pronto de ser una persona bastante reconocida a ser un apestado.

Sin embargo, lo que tengo muy claro a lo largo de mi vida es que he tenido mucha suerte, me han ocurrido cosas que me han ayudado enormemente. No se puede decir que todo lo que me ha ocurrido lo gané con mi esfuerzo. Si Carlos Barral no hubiera leído casualmente mi manuscrito de *La ciudad y los perros* (el manuscrito tuvo un mal informe de uno de sus lectores que recomendó no publicarlo), y no se hubiera entusiasmado con él, no sé qué hubiera ocurrido con esa novela. Bueno, quizás la hubiera conseguido publicar de alguna manera, pero probablemente con una difusión muy limitada y sin que jamás significara un peldaño como para seguir escribiendo. He tenido suerte, he tenido una buena estrella que me ha ayudado en muchos momentos. Soy bastante consciente de eso.

EL MUNDO DE CORTÁZAR

Ir a la casa de Cortázar, cuando él y su esposa Aurora Bernárdez nos invitaban a cenar alguna vez, era realmente una fiesta porque uno entraba a un mundo que parecía totalmente organizado en función de la belleza, de las ideas, de la música.

De los escritores amigos tuyos, ¿a quién recuerdas hoy con más cariño?

Bueno, quizá Cortázar. En los comienzos de mi estancia en París, yo le tuve una gran admiración. Esa admiración era algo mítica porque él mantenía una gran distancia incluso con sus amigos. Pero yo sentía una gran reverencia por la manera como él vivía en la literatura. El Cortázar que yo conocí en París en 1959 era una figura rodeada de un halo, dedicada totalmente a una literatura muy pura, que no debía contaminarse. Le gustaba lo excéntrico, lo que rompía la rutina. Ir a la casa de Cortázar, cuando él y su esposa Aurora Bernárdez nos invitaban a cenar alguna vez, era realmente una fiesta porque uno entraba a un mundo que parecía totalmente organizado en función de la belleza, de las ideas, de la poesía, de la música. Era un personaje muy tierno, generoso, sencillo, verdaderamente muy modesto. Ya era un escritor de mucho talento, pero no era nada vanidoso. Además había elegido el exilio. Él tenía un rechazo a la Argentina. Había dejado algo allí, y al hacerlo se había liberado. En general, Julio era como un ejemplo por su integridad. Después cambió muchísimo, se convirtió en otra persona. Fue un caso extraordinario de metamorfosis de personalidad, pero en esa primera época sí fue un personaje muy cercano.

ADICCIONES Y AFICIONES

Mi trabajo nunca me ha obligado a renunciar a la bohemia porque nunca me gustó. La única época en la que hice bohemia fue la de los tres o cuatro meses en los que trabajé en *La Crónica*.

A diferencia de otros escritores, tú nunca has tenido la afición de la bebida...

No, ninguna. Y además la figura de los borrachos siempre me ha desagradado porque contra el borracho tú no tienes defensas. Él está protegido por su borrachera y tú estás obligado muchas veces a simular la estupidez o una benevolencia que es degradante para ti no para el borracho. Eso siempre me ha molestado mucho. Además, el alcohol nunca me ha gustado, me produce dolor de cabeza. Hay alguna gente a la que tomar un trago la estimula. A mí no me ocurre. Yo no he hecho bohemia. Mi trabajo nunca me ha obligado a renunciar a la bohemia porque a mí nunca me gustó. La única época en la que hice bohemia fue la de los tres o cuatro meses en los que trabajé en *La Crónica*. Después, jamás.

¿Y hay alguna adicción además de escribir?

La lectura, el cine, la pintura, la música, esas cosas. Pero la única adicción creo que es la literatura.

¿La pintura más que la música?

Yo creo que sí. Si tengo que elegir algo, probablemente sería la pintura.

CIUDADES DEL MUNDO

Probablemente si yo tuviera que elegir una sola ciudad donde vivir, elegiría Londres.

Pero Londres no me produjo esa pasión que me produjo el descubrimiento de París.

¿En qué ciudades del mundo te has sentido más emocionado?

En París, sin ninguna duda. París fue el sueño de mi infancia, de mi adolescencia y llegar a París fue la materialización de un ideal largamente acariciado. Por eso el primer año allí, tan difícil, no lo fue tanto. Descubrí que la realidad no estaba muy lejos del mito. El año en que llegué era todavía una ciudad muy rica, con una enorme vida intelectual. Se debatían temas que me interesaban muchísimo; la guerra de Argelia, el colonialismo, la América Latina, la revolución; eran todos los temas de los tiempos modernos. Además siempre tuve mucha afición por la literatura francesa. Ese fue realmente un sueño realizado. Ahora naturalmente que cuando empecé a trabajar, París se volvió una rutina. De pronto empecé a sentirme fastidiado por el mal humor de los franceses. También creo que poco después empezó una cierta decadencia de tipo intelectual y artístico. Fue entonces cuando me fui a Inglaterra. Ese fue otro descubrimiento porque Inglaterra es un país que yo admiro muchísimo. Probablemente si yo tuviera que elegir una sola ciudad donde vivir, elegiría Londres y no París. Pero Londres no me produjo esa pasión que me produjo el descubrimiento de París. Londres para mí es la civilización, pero la civilización no tiene el encanto fulminante, llameante, que tuvo para mí lo que encontré en una ciudad como París. Londres es el conjunto de cosas que yo admiro enormemente: unas normas que se respetan, un trato entre la gente, instituciones que funcionan, una democracia que para mí es realmente ejemplar. Lo extraordinario de Inglaterra es que la gente cree en la ley, cree que la ley está bien hecha. Por lo tanto, lo que la ley permite forma parte

del bien, y lo que la ley prohíbe forma parte del mal. Eso es algo en lo que no cree casi ningún latinoamericano. Aquí pensamos que la ley está allí y generalmente por las malas razones. Sin embargo, Inglaterra es un mundo en el que los derechos individuales son respetados más que en ninguna parte del mundo en la que he vivido.

RECUERDOS DE CAMPANA

Todas las experiencias forman un material del que te alimentas. Sin embargo, lo de la campaña es algo que desde luego no volvería a hacer. Lo que me queda son los recuerdos de gente maravillosa que se volcó enteramente a trabajar conmigo por las mejores razones, pero también la sensación de un enorme esfuerzo inútil, un esfuerzo inmenso de tres años en el que tantos participaron.

¿En qué has cambiado desde tu juventud?

Bueno, me he vuelto un poco más escéptico, quizá es una manera de ser más realista. Respecto al Perú ciertamente soy mucho más escéptico ahora. Mi último entusiasmo con el Perú, con una ilusión que se pareció algo a las ilusiones de mi juventud, fue en la época de la gran campaña electoral. Allí llegué a sentir que había como una oportunidad, que algo podía ocurrir.

¿Cómo viviste esos meses? Supongo que fue una época que no vas a olvidar.

No; los tengo muy presentes. Fueron al principio meses de una enorme ilusión y entusiasmo. Esa manifestación en la plaza San Martín (en 1987) fue algo extraordinario para mí, algo realmente inesperado porque nunca me imaginé que una protesta por la nacionalización de la banca podría acarrear una movilización tan grande. Si no hubiera sido por esa manifestación creo que jamás me hubiera animado a ser un candidato. Durante muchos meses ese entusiasmo se mantuvo hasta que entré en una maquinaria donde apareció la verdad de la política, que no es la verdad de las grandes ilusiones sino de las intrigas, las maniobras, y toda esa rutina tan pedestre. Pero digamos que durante esos tres años mantuve unas ilusiones sin las cuales jamás hubiera podido abandonar la literatura.

¿No crees que tu presencia en la política introdujo unos elementos éticos que han quedado, de una u otra manera, por lo menos como referentes?

Eso con toda objetividad me lo pregunto. Con el gobierno de Fujimori vino todo el entusiasmo con un régimen que era tan evidentemente corrompido y mentiroso. Muchos miembros de la clase empresarial peruana se subieron al carro de una dictadura después de haber experimentado en carne propia cómo la democracia podía funcionar para salvar las instituciones y empresas. Ver eso fue muy decepcionante, muy poco alentador.

Supongo que lo de la campaña es algo que no volverías a hacer, pero de lo que no te arrepientes.

No tiene sentido arrepentirse de algo que ha pasado. Puedes decir que fue acertado o fue equivocado, pero no puedes arrepentirte. Por otra parte, tú sabes que para un escritor no hay experiencia mala. Todas las experiencias forman un material del que te alimentas. Sin embargo, lo de la campaña es algo que desde luego no volvería a hacer. Lo que me queda son los recuerdos de gente maravillosa que se volcó enteramente a trabajar conmigo por las mejores razones, pero también la sensación de un enorme esfuerzo inútil, un esfuerzo inmenso de tres años en el que tantos participaron. Al final lo que quedó es que vino un golpe de Estado de la peor calaña y el Perú entero se volcó a apoyarlo. En realidad, la experiencia fue buena como una lección de realismo.

Sin embargo, la gente que te para en la calle se refiere en gran parte a tu paso por la política peruana.

Creo que se debe más a curiosidad por ver a alguien que sale en los periódicos.

EL CAMINO

La felicidad es una exaltación, pero una exaltación de tal naturaleza que te lleva a la pérdida de la conciencia.

¿Qué proyectos tienes después del libro que estás escribiendo sobre Víctor Hugo?

Tengo un proyecto de novela con los personajes del *Elogio de la madrastra*. Todavía es un poco vaga la idea. Sería una tercera historia con los tres personajes; Fonchito un poco más adulto y don Rigoberro y doña Lucrecia experimentando cada vez con más audacia unas formas de relación para mantener vivo el matrimonio, para impedir que se vuelva rutina.

El matrimonio es uno de los temas de esa serie...

Claro. Fundamentalmente es una pareja que trata de impedir que el matrimonio se esclerotice, se vuelva una mecánica en la que se marchiten sentimientos, pasiones, deseos, ilusiones. Tratan de mantenerlo vivo experimentando y tienen ideas para llevarlo mucho más lejos. La historia ocurriría entre Lima y Europa, pero todavía es muy embrionaria.

Hace poco te preguntaron sobre la felicidad y dijiste que era hasta cierto punto incompatible con la lucidez.

Al final yo creo que la felicidad es un contraste. Uno puede recordar que ha sido feliz pero cuando uno lo es realmente, no se da cuenta. Uno la vive como una especie de atontamiento estimulante (también hay atontamientos estúpidos, de vacío, de resignación). La felicidad es una exaltación, pero una exaltación de tal naturaleza que te lleva a la pérdida de la conciencia. Cuando uno es inmensamente feliz, no se desdobra ni se examina. En cambio, cuando uno es desgraciado se produce una toma de conciencia. Cuando uno es feliz hay una especie de olvido, de entrega total a la experiencia. En la memoria eso cobra

fuerza y provoca una nostalgia tremenda. Pero esos son estados pasajeros.

Uno siente que la felicidad está en la búsqueda de las metas, no en llegar a ellas. Al lograr la meta más bien te viene una sensación de vacío.

Es un bajonazo. Es lo que dice Kavafis en su maravilloso poema cuando habla del viaje a Ithaca, Lo importante no es llegar a Ithaca. Es el viaje. Lo maravilloso es el viaje.

Recientes publicaciones de Editorial UPC

2018

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – ANDA

Mejores prácticas de marketing en el Perú. Una selección de casos finalistas del Premio ANDA 2018

Yalán Dongo, Eduardo

Semiótica del consumo. Una aproximación a la publicidad desde sus signos

Thomas, Patricia A; Kern, David E.; Hughes, Mark T.y Chen, Belinda Y.

Desarrollo curricular para la educación médica. Un enfoque de seis pasos

Vega, Gina

Cómo redactar casos de estudio instruccionales. Taller Autoguiado

Cantuarias de las Casas, Alonso

El Veco. El hombre que jugaba a contar historias

Remy, Paul

50 autopsias de crisis ¿Por qué el manejo mata más que el problema?

Cornejo, Carlos

Negocio inmobiliario. Planeamiento y gestión de proyectos

Rodríguez, José Arturo

Héroes del 81. El camino invicto de la selección peruana hacia el mundial de España 82

Pulgar Vidal, Jaime

De golpes y goles. Los políticos y la selección peruana de fútbol (1911-1939)

Mangelinckx, Jérôme y Parrilla, Milagros Nataly

Mujeres y delitos de drogas en el Perú. Protocolo de atención a mujeres vinculadas a casos por tráfico de drogas

Herz, Jeannette

Apuntes de contabilidad financiera. Tercera edición

Maguiña Pardo, Ricardo y Arias Ureta, Piero

Alertas para cuidar la reputación de tu marca. Una selección de casos analizados por CONAR

Krajnik, Franz

Uchuraccay

2017

Restrepo, Javier Darío

El futuro del periodismo

Valdivia Pareja, Álvaro

Retos clínicos y sociales del suicidólogo. Casos, ejercicios e historias para enfrentar el desafío profesional

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – ANDA

Mejores prácticas de marketing en el Perú. Una selección de casos ganadores del Premio ANDA 2017

Cáceres Álvarez, Luis

La Catedral del Criollismo. Guardia Vieja del siglo XXI

Calero, Joel

La última tarde. Guion cinematográfico

Galagarza, Brenda y Seclén, Eloy

La primera cita. Guía para el registro de referencias y citación en textos académicos

Editorial UPC

Manual de estilo de la Editorial UPC

Loyola Angeles, Fernando

Diseña tu carrera. Una guía para aprovechar las oportunidades del mercado laboral

Luna García, Rosa y Monteagudo Medina, Mary Ann

Diccionario para profesionales de la traducción. Terminología básica que todo traductor debe aprender

Chu Rubio, Manuel

Mis finanzas personales. Tercera edición

Sánchez Benavides, Oscar (comp.)

La inevitable globalización. Enfoque cultural y económico del escenario mundial

Mangelinckx, Jérôme

Lucha contra las drogas en el Perú: una batalla perdida

Biondi Shaw, Juan y Zapata Saldaña, Eduardo

Nómades electronales. Lo que dicen las escrituras de los jóvenes: había que echarse a andar nuevamente

Merino Amand, Francisco

Ética para la función pública. De la indiferencia al reconocimiento

Encuentre más publicaciones de Editorial UPC,
en versión impresa y digital, ingresando a:
editorial.upc.edu.pe

Visite la página de Facebook Editorial UPC:
www.facebook.com/editorialUPC